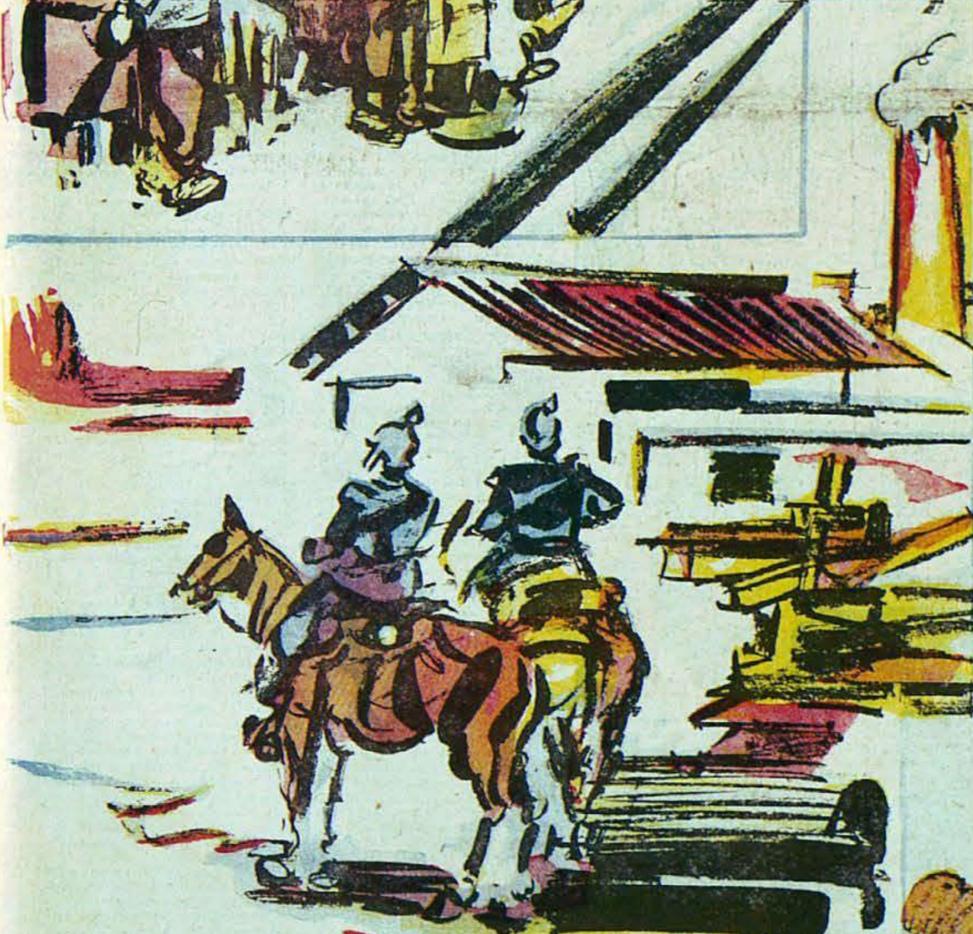
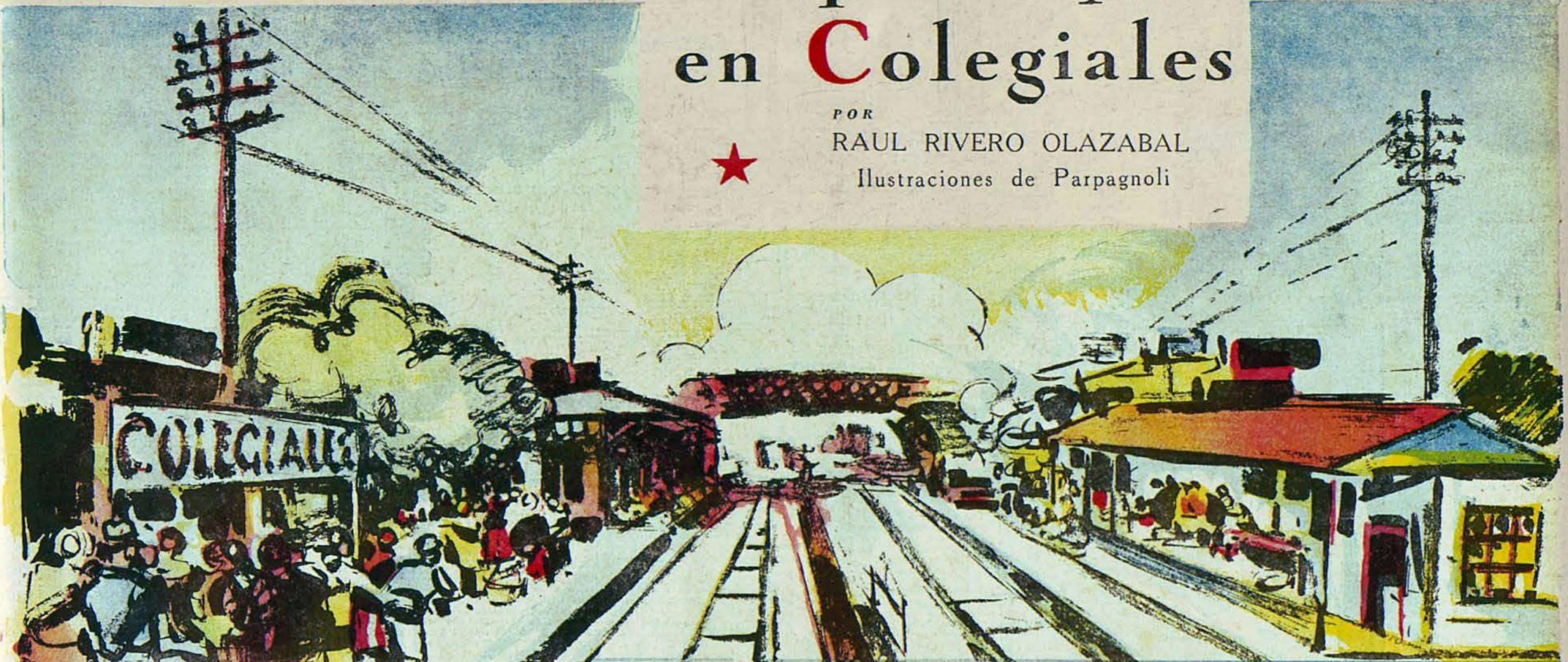


Pelear de Osos de Arpillera y Cine a 0.20 en Colegiales

RAUL RIVERO OLAZABAL
Ilustraciones de Parpagnoli



nista dejaba a veces de mirar la cinta y se acordaba de tocar el piano...

Por veinte centavos, nos dábamos un empacho de biógrafo. Entrábamos a las dos de la tarde y salíamos a las ocho de la noche...

La poca vigilancia en la playa de cargas de la estación Colegiales, dió origen a una industria, o, mejor dicho, a un comercio entre las turbas de muchachos que vagabundeaban por los alrededores...

Entre Zapiola y Freyre, lindantes con Loreto, se extendían terrenos baldíos, cubiertos de yuyos altísimos y basuras...

rabia del porrazo, mientras aquel, como un último recurso, gritaba ante el círculo impávido de curiosos...

Atentado contra la libertad! Atentado contra la libertad!

En la calle Falpa, llegando a Alvarez Thomas, se extendía un desamparo de una o dos manzanas, dividido en potreros y quintas de verdura...

Esa campaña, y los mástiles con faros que se construían para iluminar la playa de maniobras, acabaron en poco tiempo con ese comercio furtivo de los hurtos de leña...

La Calabria

Esa era la parte pendenciera del barrio, de allí llegaban con frecuencia los ecos de altercados acabados a balazos o puñaladas...

de los potreros, mientras aquel, como un último recurso, gritaba ante el círculo impávido de curiosos...

zan chalecitos y "cottages", sobre calles asfaltadas. Muchos de sus moradores continuarán tal vez siendo los de antes, pero, por lo menos, ahora hablan español y usan el cuchillo sólo para llevarse a la boca.

El club

En la esquina de Conesa y Céspedes hay un almacén. En la época a que me refiero y hasta hace varios años, era el almacén de Solari, pulpería de ciudad, verdadero club del barrio...

En esa esquina jugábamos a la pelota, contra las cortinas metálicas del negocio, con gran desesperación de don Solari. Cuando éste había salido ya varias veces a ahuyentarnos...

El nombre deja gusto a fruta en la boca. Trae el jugoso recuerdo de aquellas sandías alucinantes de los veranos...

Biógrafo a 0.20 la completa

Como todos se han fundido, puedo hablar de ellos con libertad. Riaba, entonces, sólo dos cinematógrafos en todo el barrio de Colegiales...

tado por esas carreras desenfundadas de los caballos tras el hombre enloquecido, por las pizadas de auxilio, por los gritos, por el tumulto de la caza final...

de las carnicerías, y no faltaba el gracioso que comía orejones en una bacinilla. Pero eso no sería nada, si no fuera por los lios de proporciones a que solían dar lugar esos festejos...

Ahora

Esta en las calles más apartadas y reacias, se ha metido el progreso. El barrio empieza a levantarse, a ganar pisos hacia arriba...

Hoy en el lugar de la antigua Calabria se al...



EL MISTERIO DE LOS TRES SUICIDAS

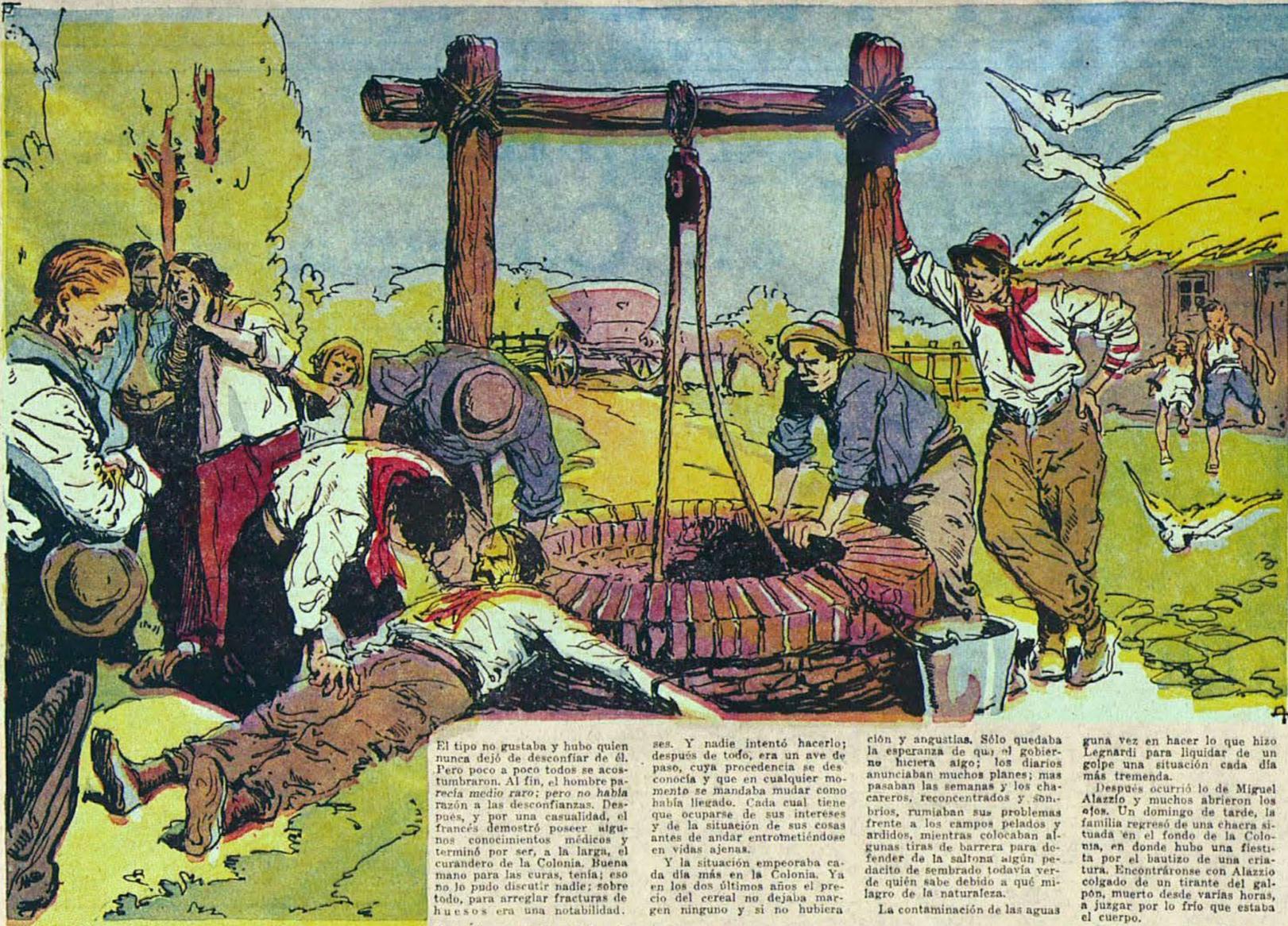
DESPUES de todo, siempre queda en la historia un aspecto de misterio que provoca todavía inagotables comentarios en la Colonia Piemonte y hasta en toda la zona agrícola del Departamento San Martín. El viajante de una casa importadora de implementos agrícolas afirmó que en Rosario habíase hablado mucho de la cosa y que los diarios formularon diversas hipótesis para explicar los extraños sucesos, sin que ninguna de ellas fuese aceptada como enteramente satisfactoria. Lo cierto es que un hábil pesquero rosarino pasó varios días recorriendo la Colonia, visitó las chacras, conversó con unos, interrogó a otros, tomó muchas anotaciones, silbó bajito con expresión enigmática y regresó sin hablar palabra acerca del resultado de sus investigaciones y sin que después se supiera nada de lo que descubrió o comprobó el pesquero.

«¿Por qué no se metió preso al francés Bernard? Esta es la cuestión que plantean victoriosamente en la Colonia, como argumento final de siempre renovadas discusiones, todos aquellos que se precian de tener un poco de sagacidad y que han visto más mundo del que se extiende entre los alambrados de las chacras y los rieles de la Estación. ¿Por qué no se procedió contra el francés Bernard, cuando nadie dejó de advertir la inexplicable relación existente entre la presencia de ese sujeto y la muerte de los otros?»

Claro que nadie llegaba a afirmar que Bernard hubiese echado a Legnardi dentro del pozo en que se lo encontró muerto; tampoco ninguno asegura que el francés hubiese colgado al criollo Gamarra ni al pobre Alazizo de las cuerdas con que se ahorcaron. «Pero hay muchos modos de hacer morir a la gente...»

Y esas cosas no eran fábulas ni fantasías de los libros. En la Colonia vive más de uno que ha visto cosas iguales allá en Italia; y algunos hasta en Rosario, en el Círculo Politeama, donde un faquir hacía horas o reír a cualquiera que se prestaba a ello, solamente con decirle que había ganado la lotería o que le estaban sacando una muela sin inyección, después de haberlo hecho dormir con algunos movimientos de la mano, mientras lo miraba fijamente en los ojos. Es verdad que el inspector de la Defensa Agrícola, en su última gira por las chacras, dijo que en San Martín refanase a carcajadas de las supercherías fantásticas de los colonos y de sus sospechas descabelladas sobre el francés Bernard, porque estaba probado en autos —al hombre le gustaba repetir la expresión—; estaba probado en autos que tanto Legnardi como los otros dos se suicidaron a causa de los precios, la langosta y las deudas, ya no habían cómo salir del paso y les entró una desesperación que los llevó a cometer aquella locura.

Eso diría la policía de San Martín, naturalmente. Algo tiene que decir la policía para explicar su fracaso. Pero cuando dos hombres sanos, fuertes, acostumbrados a luchar y padecer de familia, además, se ma-



transformada en colonia agrícola — y era propietario de una tropa de carros que en tiempo de la cosecha transportaba cereales, regentada por el hijo mayor, el conscripto. Todos en la casa contaban después que volvió tranquilo, sin que dijera ni se le notara nada extraordinario. Repitió ciertas conversaciones oídas en el pueblo, anunció algunos trabajos para el otro día, cenó y se fue a acostar. Nadie en la casa lo sintió levantarse durante la noche. Pero a la mañana siguiente, el primero que se tiró de la cama descubrió a Gamarra ahorcado, pendiente del techo de la plecta que servía de comedor.

La noticia corrió inmediatamente por la Colonia, provocando gran excitación en todas partes. Gamarra era un vecino de importancia, había sido juez y estaba considerado como candidato político de la zona. Todo esto, añadido a las circunstancias que rodearon su muerte, tan sospechosamente igual a las anteriores, fermentaron las levaduras de desconfianza y odio sedimentadas por los dramas precedentes.

Muy pocos atreviéronse a dudar ahora, de que algo, una voluntad misteriosa y perversa, había desencadenado sus siniestros influjos sobre la población de las chacras. El mismo subdelegado policial admitió «como sumamente sospechosa la coincidencia de que el francés Bernard apareciese tan inmediatamente ligado a los tres suicidios consecutivos». Y hasta los más reacios confesaron encontrar «muy extraño el hecho de que el curandero fuese el último que hubiera hablado con los dos suicidas y que el tercero estuviese bajo su asistencia cuando se notaron en su carácter las anormales manifestaciones que finalizaron en el fondo del pozo». Aquello era extraño, terriblemente extraño.

Una ola de silencioso pavor avanzó sobre la gente de la Colonia, colmando las almas de ese oscuro sentimiento de impotencia y miedo que infunde la inexplicable confrontación con el desconocido. Y el terror mezclábase con la cólera, una cólera irrazonada y ciega que amenaza explotar en bárbaras represalias.

Aquella noche los hombres acudieron callados y amenazantes a la casa de los Gamarra. Muchas cayeron armados con sus escopetas y revólveres; nadie inquirió el por qué de esas precauciones, como si una táctica inteligencia hubiese establecido entre todos. Formando grupos, en el patio o en el galpón, cambiaban lacónicas frases, de las que habían desertado las habituales lamentaciones sobre el tiempo y donde ni se mencionaban las esperanzas respecto a medidas gubernativas en favor de los productores agrarios. Hablaban en voz baja de otra cosa. Con cautelosos sobretendidos, convenían «en que aquello no podía seguir así» y aseguraban «que algo había que hacer y se haría sin tardanza» para limpiar a la Colonia de elementos dañinos. Ni uno solo pronunció el nombre de Bernard; pero adivinábanse en los ojos bajo las frentes ceñidas una sola obscura preocupación.

El hijo de Gamarra recibía significativos apretones de manos, mientras a sus oídos murmurábanse vagas y patéticas promesas. Aquello hizo tan perceptible que el subdelegado, presente desde temprano con el único agente a sus órdenes, creyó prudente eclipsarse sin más averiguaciones. Su experiencia había enseñado que cuando la autoridad no puede impedir ciertas cosas, es mejor que las ignore.

Pero las cosas no resultaron, finalmente, tan tremendas como se temían, sea porque los designios fueran menos trágicos de lo anunciado o bien porque la claridad plenilunar que iluminaba los campos delató a la distancia al grupo que se acercaba vociferando al rancho del francés. De todos modos, el hombre debía haber olfateado algo y estaría alerta, pues cuando sonaron los primeros ¡Mueras! y las primeras descargas de chumbos estrellándose contra las maltrachas paredes de la choza, el curandero supo escabullirse entre las sombras del camino, desapareciendo sin dejar rastros de su oportuna fuga. No se le vio más por aquellos pagos.

El rancho ardió como paja seca y a la luz de su lumbrada algunos se entretuvieron en cazar a balazos las enloquecidas gallinas y los conejos abandonados a su rencorosa furia por el fugitivo. Claro que el subdelegado comprobó más tarde que el incendio se debió a un accidente, a menos que hubiera sido provocado por el mismo Bernard, cuya desaparición corroboró no pocas sospechas, y que fue atribuida por los menos suspicaces a una recidiva de la viziara ambulatoria que un día lo arrastró hasta la Colonia quien sabe desde qué punto de la tierra.

Lo que no fue obstáculo para que en la Colonia se siga discutiendo el caso. Personas serias como Prezolini continúan afirmando que si las autoridades hubiesen procedido como correspondía, no les hubiese sido difícil dar con el paradero del prófugo. «Y una vez metido adentro el francés, se habrían sabido muchas cosas»...

Un tiempo después el viejo andaba por Córdoba, asegurándose haberlo visto por la campaña de James Craik o Ballesteros. Sería o no cierto; pero el caso es que alguien lo dijo en un diario cordobés donde se leía que por las mismas fechas algunos agricultores de aquella zona habían sido internados en el manicomio de Oliva.

El tipo no gustaba y hubo quien nunca dejó de desconfiar de él. Pero poco a poco todos se acostumbraron. Al fin, el hombre parecía medio raro; pero no había razón a las desconfianzas. Después, por una casualidad, el francés demostró poseer algunos conocimientos médicos y terminó por ser, a la larga, el curandero de la Colonia. Buena mano para las curas, tenía; eso no lo pudo discutir nadie; sobre todo, para arreglar fracturas de huesos era una notabilidad.

Ya hubieran querido muchos cirujanos diplomados de Rosario, tener su habilidad para colocar un hueso en su sitio, entablillar y hacer el soldar, en forma tan limpia que parecía no haberse roto jamás.

Como un día lo llamaban de esta parte y otro día de aquella, el viejo dejó de atender su granjita para vivir de lo que le daban los chacareros como retribución de sus servicios. A todos los pareció justo; un médico con título les hubiera salido más caro y quien sabe si tan bueno. En esa época se le encontraba frecuentemente por los caminos de Colonia, siempre a pie, hablando en voz alta o buscando yuyos a lo largo de los alambrados. Atendía a todo el mundo, entraba en todas las casas; pero no se había familiarizado con nadie ni amistado con persona alguna. Conversaba poco, hacía lo suyo y se retiraba después de rezonar algunas recomendaciones en la lengua francocriolla que le salta de entre las revueltas barbas como un bronco rumor de entre un zarzal. La gente tampoco sentía muy propensa a intimar con una persona así, tan cerrada de genio, y con esa cara de pocos amigos que repelia todo intento de familiaridad, mirándolo a uno con aquellos ojos hurafos y hundidos bajo el peludo matorral de las cejas grises.

Como un día lo llamaban de esta parte y otro día de aquella, el viejo dejó de atender su granjita para vivir de lo que le daban los chacareros como retribución de sus servicios. A todos los pareció justo; un médico con título les hubiera salido más caro y quien sabe si tan bueno. En esa época se le encontraba frecuentemente por los caminos de Colonia, siempre a pie, hablando en voz alta o buscando yuyos a lo largo de los alambrados. Atendía a todo el mundo, entraba en todas las casas; pero no se había familiarizado con nadie ni amistado con persona alguna. Conversaba poco, hacía lo suyo y se retiraba después de rezonar algunas recomendaciones en la lengua francocriolla que le salta de entre las revueltas barbas como un bronco rumor de entre un zarzal. La gente tampoco sentía muy propensa a intimar con una persona así, tan cerrada de genio, y con esa cara de pocos amigos que repelia todo intento de familiaridad, mirándolo a uno con aquellos ojos hurafos y hundidos bajo el peludo matorral de las cejas grises.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

El tipo no gustaba y hubo quien nunca dejó de desconfiar de él. Pero poco a poco todos se acostumbraron. Al fin, el hombre parecía medio raro; pero no había razón a las desconfianzas. Después, por una casualidad, el francés demostró poseer algunos conocimientos médicos y terminó por ser, a la larga, el curandero de la Colonia. Buena mano para las curas, tenía; eso no lo pudo discutir nadie; sobre todo, para arreglar fracturas de huesos era una notabilidad.

Ya hubieran querido muchos cirujanos diplomados de Rosario, tener su habilidad para colocar un hueso en su sitio, entablillar y hacer el soldar, en forma tan limpia que parecía no haberse roto jamás.

Como un día lo llamaban de esta parte y otro día de aquella, el viejo dejó de atender su granjita para vivir de lo que le daban los chacareros como retribución de sus servicios. A todos los pareció justo; un médico con título les hubiera salido más caro y quien sabe si tan bueno. En esa época se le encontraba frecuentemente por los caminos de Colonia, siempre a pie, hablando en voz alta o buscando yuyos a lo largo de los alambrados. Atendía a todo el mundo, entraba en todas las casas; pero no se había familiarizado con nadie ni amistado con persona alguna. Conversaba poco, hacía lo suyo y se retiraba después de rezonar algunas recomendaciones en la lengua francocriolla que le salta de entre las revueltas barbas como un bronco rumor de entre un zarzal. La gente tampoco sentía muy propensa a intimar con una persona así, tan cerrada de genio, y con esa cara de pocos amigos que repelia todo intento de familiaridad, mirándolo a uno con aquellos ojos hurafos y hundidos bajo el peludo matorral de las cejas grises.

Como un día lo llamaban de esta parte y otro día de aquella, el viejo dejó de atender su granjita para vivir de lo que le daban los chacareros como retribución de sus servicios. A todos los pareció justo; un médico con título les hubiera salido más caro y quien sabe si tan bueno. En esa época se le encontraba frecuentemente por los caminos de Colonia, siempre a pie, hablando en voz alta o buscando yuyos a lo largo de los alambrados. Atendía a todo el mundo, entraba en todas las casas; pero no se había familiarizado con nadie ni amistado con persona alguna. Conversaba poco, hacía lo suyo y se retiraba después de rezonar algunas recomendaciones en la lengua francocriolla que le salta de entre las revueltas barbas como un bronco rumor de entre un zarzal. La gente tampoco sentía muy propensa a intimar con una persona así, tan cerrada de genio, y con esa cara de pocos amigos que repelia todo intento de familiaridad, mirándolo a uno con aquellos ojos hurafos y hundidos bajo el peludo matorral de las cejas grises.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

El tipo no gustaba y hubo quien nunca dejó de desconfiar de él. Pero poco a poco todos se acostumbraron. Al fin, el hombre parecía medio raro; pero no había razón a las desconfianzas. Después, por una casualidad, el francés demostró poseer algunos conocimientos médicos y terminó por ser, a la larga, el curandero de la Colonia. Buena mano para las curas, tenía; eso no lo pudo discutir nadie; sobre todo, para arreglar fracturas de huesos era una notabilidad.

Ya hubieran querido muchos cirujanos diplomados de Rosario, tener su habilidad para colocar un hueso en su sitio, entablillar y hacer el soldar, en forma tan limpia que parecía no haberse roto jamás.

Como un día lo llamaban de esta parte y otro día de aquella, el viejo dejó de atender su granjita para vivir de lo que le daban los chacareros como retribución de sus servicios. A todos los pareció justo; un médico con título les hubiera salido más caro y quien sabe si tan bueno. En esa época se le encontraba frecuentemente por los caminos de Colonia, siempre a pie, hablando en voz alta o buscando yuyos a lo largo de los alambrados. Atendía a todo el mundo, entraba en todas las casas; pero no se había familiarizado con nadie ni amistado con persona alguna. Conversaba poco, hacía lo suyo y se retiraba después de rezonar algunas recomendaciones en la lengua francocriolla que le salta de entre las revueltas barbas como un bronco rumor de entre un zarzal. La gente tampoco sentía muy propensa a intimar con una persona así, tan cerrada de genio, y con esa cara de pocos amigos que repelia todo intento de familiaridad, mirándolo a uno con aquellos ojos hurafos y hundidos bajo el peludo matorral de las cejas grises.

Como un día lo llamaban de esta parte y otro día de aquella, el viejo dejó de atender su granjita para vivir de lo que le daban los chacareros como retribución de sus servicios. A todos los pareció justo; un médico con título les hubiera salido más caro y quien sabe si tan bueno. En esa época se le encontraba frecuentemente por los caminos de Colonia, siempre a pie, hablando en voz alta o buscando yuyos a lo largo de los alambrados. Atendía a todo el mundo, entraba en todas las casas; pero no se había familiarizado con nadie ni amistado con persona alguna. Conversaba poco, hacía lo suyo y se retiraba después de rezonar algunas recomendaciones en la lengua francocriolla que le salta de entre las revueltas barbas como un bronco rumor de entre un zarzal. La gente tampoco sentía muy propensa a intimar con una persona así, tan cerrada de genio, y con esa cara de pocos amigos que repelia todo intento de familiaridad, mirándolo a uno con aquellos ojos hurafos y hundidos bajo el peludo matorral de las cejas grises.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

El tipo no gustaba y hubo quien nunca dejó de desconfiar de él. Pero poco a poco todos se acostumbraron. Al fin, el hombre parecía medio raro; pero no había razón a las desconfianzas. Después, por una casualidad, el francés demostró poseer algunos conocimientos médicos y terminó por ser, a la larga, el curandero de la Colonia. Buena mano para las curas, tenía; eso no lo pudo discutir nadie; sobre todo, para arreglar fracturas de huesos era una notabilidad.

Ya hubieran querido muchos cirujanos diplomados de Rosario, tener su habilidad para colocar un hueso en su sitio, entablillar y hacer el soldar, en forma tan limpia que parecía no haberse roto jamás.

Como un día lo llamaban de esta parte y otro día de aquella, el viejo dejó de atender su granjita para vivir de lo que le daban los chacareros como retribución de sus servicios. A todos los pareció justo; un médico con título les hubiera salido más caro y quien sabe si tan bueno. En esa época se le encontraba frecuentemente por los caminos de Colonia, siempre a pie, hablando en voz alta o buscando yuyos a lo largo de los alambrados. Atendía a todo el mundo, entraba en todas las casas; pero no se había familiarizado con nadie ni amistado con persona alguna. Conversaba poco, hacía lo suyo y se retiraba después de rezonar algunas recomendaciones en la lengua francocriolla que le salta de entre las revueltas barbas como un bronco rumor de entre un zarzal. La gente tampoco sentía muy propensa a intimar con una persona así, tan cerrada de genio, y con esa cara de pocos amigos que repelia todo intento de familiaridad, mirándolo a uno con aquellos ojos hurafos y hundidos bajo el peludo matorral de las cejas grises.

Como un día lo llamaban de esta parte y otro día de aquella, el viejo dejó de atender su granjita para vivir de lo que le daban los chacareros como retribución de sus servicios. A todos los pareció justo; un médico con título les hubiera salido más caro y quien sabe si tan bueno. En esa época se le encontraba frecuentemente por los caminos de Colonia, siempre a pie, hablando en voz alta o buscando yuyos a lo largo de los alambrados. Atendía a todo el mundo, entraba en todas las casas; pero no se había familiarizado con nadie ni amistado con persona alguna. Conversaba poco, hacía lo suyo y se retiraba después de rezonar algunas recomendaciones en la lengua francocriolla que le salta de entre las revueltas barbas como un bronco rumor de entre un zarzal. La gente tampoco sentía muy propensa a intimar con una persona así, tan cerrada de genio, y con esa cara de pocos amigos que repelia todo intento de familiaridad, mirándolo a uno con aquellos ojos hurafos y hundidos bajo el peludo matorral de las cejas grises.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

El tipo no gustaba y hubo quien nunca dejó de desconfiar de él. Pero poco a poco todos se acostumbraron. Al fin, el hombre parecía medio raro; pero no había razón a las desconfianzas. Después, por una casualidad, el francés demostró poseer algunos conocimientos médicos y terminó por ser, a la larga, el curandero de la Colonia. Buena mano para las curas, tenía; eso no lo pudo discutir nadie; sobre todo, para arreglar fracturas de huesos era una notabilidad.

Ya hubieran querido muchos cirujanos diplomados de Rosario, tener su habilidad para colocar un hueso en su sitio, entablillar y hacer el soldar, en forma tan limpia que parecía no haberse roto jamás.

Como un día lo llamaban de esta parte y otro día de aquella, el viejo dejó de atender su granjita para vivir de lo que le daban los chacareros como retribución de sus servicios. A todos los pareció justo; un médico con título les hubiera salido más caro y quien sabe si tan bueno. En esa época se le encontraba frecuentemente por los caminos de Colonia, siempre a pie, hablando en voz alta o buscando yuyos a lo largo de los alambrados. Atendía a todo el mundo, entraba en todas las casas; pero no se había familiarizado con nadie ni amistado con persona alguna. Conversaba poco, hacía lo suyo y se retiraba después de rezonar algunas recomendaciones en la lengua francocriolla que le salta de entre las revueltas barbas como un bronco rumor de entre un zarzal. La gente tampoco sentía muy propensa a intimar con una persona así, tan cerrada de genio, y con esa cara de pocos amigos que repelia todo intento de familiaridad, mirándolo a uno con aquellos ojos hurafos y hundidos bajo el peludo matorral de las cejas grises.

Como un día lo llamaban de esta parte y otro día de aquella, el viejo dejó de atender su granjita para vivir de lo que le daban los chacareros como retribución de sus servicios. A todos los pareció justo; un médico con título les hubiera salido más caro y quien sabe si tan bueno. En esa época se le encontraba frecuentemente por los caminos de Colonia, siempre a pie, hablando en voz alta o buscando yuyos a lo largo de los alambrados. Atendía a todo el mundo, entraba en todas las casas; pero no se había familiarizado con nadie ni amistado con persona alguna. Conversaba poco, hacía lo suyo y se retiraba después de rezonar algunas recomendaciones en la lengua francocriolla que le salta de entre las revueltas barbas como un bronco rumor de entre un zarzal. La gente tampoco sentía muy propensa a intimar con una persona así, tan cerrada de genio, y con esa cara de pocos amigos que repelia todo intento de familiaridad, mirándolo a uno con aquellos ojos hurafos y hundidos bajo el peludo matorral de las cejas grises.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una nuerita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los

Un caso real de posesión diabólica

LAS SIETE ALMAS AUILLADORAS

por Henri Fauconnier

era esta: estamos en la "Casa de las Palmeras". Small se halla en estado cataleptico. Esto no puede durar siempre.

Enjugaba mis brazos bañados en sudor. Pa Daoud, vigilante, nos hizo una seña: "¡Atención! Su hermano me llama."

Hacia media noche, al fin, el tigre, que parecía rondar constantemente alrededor de la casa, se alzó. Small se calmaba y Ngah pudo prepararnos el té. El momento era favorable, nos dijo Pa Daoud, para escribir al enfermo; mientras hacía sus preparativos, interrogué a Rolain.

Small, me explicó, se hallaba preocupado desde hace algún tiempo. Ya no se entregaba a la lectura y no se atrevía a penetrar en la selva, durmiendo en cuanto no tenía nada que hacer. Observé en el tronco de un árbol, que se ve desde esta ventana, uno de esos líquenes fosforescentes que habitan, según los malayos, las almas aún no encarnadas de los animales nocturnos; este pequeño fulgor parecía fascinarle todas las noches. Evidentemente

te encontraba por todas partes funestos presagios que le producían viva turbación; pero no hablaba de ellos. Cierta día arrojó un libro, como si su contacto le hubiese quemado; en la cubierta de este libro había gotitas viscosas, exudaciones de la madera que a veces caen de las vigas del techo. Para él eran simientes de demonios...

La noche última vino un tigre a merodear bajo la casa; se veían relucir sus ojos. Rolain descolgó su fusil; pero Small dijo: "No, Tuan, te suplico que no le mates; no se sabe nunca quién pueda ser..." Cuando Pa Daoud dijo: "Su hermano le llama", tenía quizá el mismo pensamiento. Hubo un hermano mayor en la familia, muerto de convulsiones, el mal misterioso. Las convulsiones son debidas a que el alma se distrae para alojarse en otra parte; en otro cuerpo; cuando no se muere a causa de ellas, es porque a veces se verifica un cambio de almas. Entonces no se es ya el mismo de antes, sino en apariencia. Pero su hermano mayor había muerto. Sufrió contrariedades amorosas, porque los padres de una muchacha le habían rechazado. Entonces su "higado" no sintió ya ganas de vivir y el alma partió.

El abceso de Pa Daoud se le ha subido a la mejilla. Comprendo ahora que su labio superior le sirve de petaca; con el índice extrae, del extremo de su boca, la pastilla de tabaco y la arroja en un rincón.

Ha cuidado la preparación escénica: algunos jarros recubiertos de hojas de bambú, un gran ramo de flores, en los que están encañados unos pájaros hechos con palma trenzada y sobre una bandeja de cobre un bote con incienso, tazones con arroz.



Con un ademán extingue la lámpara; los espíritus detentan su olor a petróleo, su luz categoría. Tres pequeños cirios palmitan en la penumbra. Un poco de incienso sobre el ascua que Ngah acaba de traer. El humo sube en un

Ilustración de Juan Sorazábal

ella las manos y aspirándola con lentitud. Diríase que este humo le embriaga; un ligero balanceo le agita y su sombra triple oscila sobre el muro.

El incienso ha venido a su encuentro: es que un ser invisible acepta su ofrenda y consiente en ayudarlo. "¡Paz sobre ti, Tanju! — canturrea Pa Daoud."

Conozco tu nombre y tu origen. Eres impuro, pero [santificado] Salido de las mucosidades de [los ojos de Muhammad] Cuando escapaba de Mekka En el polvo del desierto Guiado por un infiel. Cerrando sus ojos por [haber llorado...]

Nada impresionó tanto a los espíritus como que les recuerden su origen; ello les despoja del misterioso prestigio que creen poseer cerca de los humanos. Y si el que les habla añade a esta prueba de conocimiento, alusiones a los textos sagrados, que revelan un verdadero servidor de Alá, entonces quedan completamente subyugados.

Pa Daoud sabe aprovecharse de esta emoción, sin abusar de ella; coge el ramo de flores, y aproximándolo al humo, sopla sobre éste, que lo envuelve.

Todo lo que se le pide a este espíritu es un diagnóstico, que indicará mediante la disposición de los granos de arroz tostados, extendidos sobre el agua de una jarra. Los granos flotan. El hechicero se inclina en un prolongado examen. Silencio.

—Veo que es invisible — murmura al fin Pa Daoud. Y volviéndose hacia nosotros: —Es un badi.

Después de esto se va. Le oímos descender las escaleras de la galería, penetrar en la selva, alejarse. No tiene miedo del tigre... Yo, esta noche, prefiero darme una pequeña ducha en la cocina.

Rolain me dice que el hechicero volverá; que hasta ahora no hemos visto más que el preámbulo. Lo más importante será la explicación con el badi.

Daoud le había instruido en estas cosas, en el curso de largas conversaciones. ¿Pero cómo es posible que en esta noche opaca haya logrado encontrar lo que buscaba? Dicen que sus ojos ven claro en la oscuridad, como los de los tigres y hasta que tiene el poder de convertirse en una de estas fieras. A menudo desaparecía durante días, durante semanas...

Vuelve a ocupar su sitio cerca de Small, y queda allí recogido, agazapado, con las palmas de las manos sobre las rodillas. Se ve que un esfuerzo de concentración le aisla de cuanto le rodea. Después, poco a poco, la fuerza acumulada se desborda, recorre sus miembros como una corriente eléctrica, los agita en una larga trepidación. La máquina está dispuesta para el combate.

No se le ofrecerán flores al badi. El jardín de delicias se separa a un lado. Pues la belleza no se ha hecho para los malos, que ni la merecen ni saben apreciarla, escapando a su percepción. La belleza se ofrece a todos, pero es necesario saberla buscar. Aquellos que lo ven todo de un color negro en el mundo es porque miran desde las tinieblas de su corazón. No existe paraíso ni infierno, sino únicamente, en los ojos de los seres, una visión paradisiaca o infernal.

El entremetimiento que agita a Pa Daoud se convierte en una oscilación cada vez más amplia. Tienen en la danza de una cobra rodeada de un círculo de enemigos; una cobra vigilante, elástica, con la amenaza y el terror retratados en el fondo de sus ojos fríos. Sus labios se mueven ahora. Las fórmulas mágicas, para tener más fuerza, deben partir de lejos, ir a tomar su inspiración en lo más profundo del ser, del mismo modo que el espíritu llama en su ayuda, para defenderse contra la entidad maligna inapreciable, a ocultos aliados que habitan una esfera en la que bastan las medias palabras para comprenderse. De la misma manera que, cuando retumba el trueno, los ojos inquietos del perro buscan los de su dueño.

Los sonidos extraños se precisan insensiblemente. Parece que se podría ya transcribirlos con letras de nuestro alfabeto. Después se mezclan palabras árabes, Reconozco algunos nombres. Pa Daoud invoca a los cuatro arcanos: Israfil, dueño de los elementos; Azrail, dueño de los seres animados; Mikail, que está encargado de la fecundación y de la nutrición, e Ibrail, poseedor del conocimiento. Invoca nuevamente a Israfil, el más lejano, el más trascendental, el último que puede todavía escuchar los ruidos de los hombres y más allá del cual ya no existe sino el silencio y la voluntad de Alá.

Reconfortado con los arcanos, el hechicero se yergue, interpelando al badi en un tono agresivo. Habla en malayo, importándole poco que comprenda o hasta que oiga: el deseo está ya formulado, el delirio sagrado obrará con el concurso de las potencias protectoras.

¡Oh, Badi! ¡Oh, Badi! Entra en este ramo de hojas absorbe la esencia de estas [hojas]. Los siete beneficios de estas [hojas]. Vuelve a los lugares de [donde] viniste. En el agua que corre y [se] infiltra en el viento que pasa y no [vuelve] a pasar, en los abismos rojos de la [tierra], en las llanuras sin [vegetación], en los espacios sin extensión, por virtud de La-llaha- [Illa-llah...]

Una mano que ya no tiembla ofrece el ramo de hojas a la purificación del incienso, luego acaricia siete veces de la cabeza a los pies, el cuerpo rígido de Small. Es preciso que el badi salga y que el alma espantada retorne en seguida. Este cuerpo no puede permanecer vacío, porque se pudriría. Pa Daoud llama al alma empleando la palabra que sirve a los malayos para llamar a los volátiles: ¡Kur! ¡Kur! ¡Kur! — ¡Kur! ¡Semang! ¡Ven, alma de Small, bin bangka! ¡Venid, sus siete almas!... Ven, pájaros, ven pequeños, ven impalpables... Y he aquí, en efecto, este estímulo el cuerpo se agita, el alma vuelve. ¡Siete almas auilladoras!... Nos precipitamos sobre Small, pero el hechicero nos aparta con brazo de hierro e inclinando sobre el enfermo, le toma la cabeza entre las manos, clava los ojos en los suyos, grita, más fuerte que él, sin tomar aliento... Parecían dos perros que aullaran a la muerte. Después cayeron extenuados.

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks

YO SOY UN SOLDADO ROMANO BUENO; ESPANTEME LAS MOSCAS

HE DE AHUYENTAR SUS MALOS PENSAMIENTOS BAILE UNA RUMBA

LE DEJO MIS ARMAS ENSAYE UN PASO DOBLE

¡FUERA, CIRUELA CON ARSENICO!

PROMENADE

AHI VAN LOS DOS CEBOLLITAS CUSPIDANTES DIOS LOS SALVE

NO ME AGRADAN LAS PROMENADES SOBRE LA HERBA VERTIGINOSA POÉTICO ESTAIS

VOS SUFRIS DE INSUFICIENCIA RESPIRATORIA SON LOS HALITOS CAMPESTRES QUE ME EMBRIAGAN

TOCAR SU CABEZA ES UN NOBLE PLACER; ES EL ANCA DE SUS PENSAMIENTOS

GRESCA ARMONIOSA

ME VA A DECIR USTED YA NO SE SI TIENE DISCOS Y SI PUEDE VER ES AFICIONADO A VIR CON LA VERBA TANTAS AVERIGUACIONES

SEPA QUE VO ICÉ LA BANDERA DEL LIBRE ALBEDRIO EN EL MASTIL DE LA LOCUIDAD

ME NIEGO A RECTIFICARME

TU ERES LA PAZ

TOMEN LO MERESEN, SUPERIOR DE MEMORIA LA HUIDA DE EGIPTO QUEREMOS UNA PALOMITA DE AZÚCAR

SOMOS DOS GOLONDRINAS PINTADAS AL LAQUE

BOMBONES DE QUESO PARMESANO V ANCHOAS BAILARINAS

ES LA DESESPERACION DE UN HOMBRE EL CAPITAN NOS HIZO UNA MUECA

El Negro del Saxofón

-iN O se acuerda usted de él? Cuando tocaba sus solos de saxofón o cantaba sobre la tarima de la orquesta, muchos concurrentes cambiaban entre sí miradas significativas. Miraban al negro y luego a Mary, aquella delicada rubia angélica que pasaba su vida detrás del mostrador frente a la caja registradora. Una emoción extraña quebraba a veces la voz de Joe y sus miradas se posaban en ocasiones más de lo conveniente en el rostro de la cajera. Algunos sonreían entonces, otros comentaban. Creo que era Jimmy Rice, quien, sin soltar su bloque de cerveza, se levantó allí en el fondo del salón, y luego de palmeotar varios hombros llegaba a Mary para pedirle que sonriera a Joe. Mire usted que va a llorar, advertía maliciosamente. Ella sonreía. Siempre que le daban bromas con Joe, Mary sonreía. Joe acostumbraba en las pausas de la jazz acercarse al mostrador para conversar con la muchacha. Hablaba ante ella visiblemente coartado, como si su vida se paralizara en su presencia. Guataba contarle sus andanzas por ciudades variadas, su infancia desdichada y triste, sus sueños. A veces le leía con voz lenta y atropellada alguna letra para jazz que había escrito. Otras, prefería el silencio. Sintiendo fuerte y feliz, se quedaba junto a ella sin hablar largo rato. Un vaso ya vacío daba vueltas entre sus manos, su pie derecho buscaba junto al piso el barrilete de bronce, su mirada fija sobre el mostrador lustroso y mojado, seguía el reflejo del rostro de Mary y el suyo.

Al largo mostrador se acercaba también un hombre alto y morocho que cambiaba palabras y sonrisas con Mary. Llamábase Tex Olden y dicen que venía del Oeste. Se paraba en el mostrador y se quedaba ocupado por un tiempo. Ella esquivaba sus miradas con una sonrisa, simulaba por centésima vez arreglarse los cabellos, y luego, haciendo girar la manijilla de la caja, sacaba fichas del cajón y entregaba el vuelto a los mozos. Todos notamos cómo Joe seguía con ojos tristes e inquietos las vistas cada vez más frecuentes de aquel hombre y como evitaban encontrarse ambos junto a la muchacha.

Porque cuando Joe se arrimaba a la caja, Tex permanecía solo en una mesa bebiendo su whisky. Sus grandes ojos sonreían persiguiendo el humo de su cigarrillo o se posaban fuera, en la calle, llenos de nostalgia de grandes espacios. Porque no se si usted sabe que Tex tenía en Arizona una propiedad pequeña y alguien le dijo que se anagaba aquí en Nueva York.

La cuestión es que Joe se inquietó mucho. Aquel hombre no entraba en sus planes. Presa de una visible nerviosidad tocaba y cantaba espialdo los movimientos y las miradas de ambos, esas miradas que semejaban señales profundas de sus almas, mientras su saxofón sonaba dolorido y resignado. Cuando Tex faltaba al bar, Joe recobraba su alegría. Pensaba, tal vez, que no volvería más, y nuevamente volvía a acercarse al mostrador.

Pero una vez junto a Mary, sólo atinaba a dar vueltas y más vueltas a su vaso. Parado frente a ella, sentía la trágica imposibilidad de realizar sus sueños, el abismo infranqueable que formaba el color del rostro de Mary y el suyo. Y retornaba a su puesto. «Eh, Joe!... Toca Dixieland, le gritaban. En aquella época se tocaba mucho Dixieland. Pero Joe no contestaba.

Una vez le preguntó a Mary: «¿Piensa quedarse siempre aquí? ¿Y dónde quiere que vaya? Como para cambiar de empleo ahora, contestó ella. Aquellas palabras le consolaron un tanto.

Se dio cuenta que no podía aspirar a más. Viviría junto a ella mirándola, conformándose con la magia de su presencia. Así, cuando un día supo que Mary se había comprometido con Tex, no se afligió mayormente. Tampoco la vez que ella lo llamó para presentarle a su prometido. Los dos hombres se estrecharon las manos con cordialidad. Cante usted Dixieland, solicitó Tex. Joe accedió. Recuerde que el canto de su saxofón me pareció aquella noche a ratos desenfrenadamente alegre y a ratos saturado de una comuni-



cativa tristeza. Era evidente que el mundo sólo tenía sentido para él a través de ella. Poder contemplarla, recoger una palabra suya, encontrar sus miradas, perderla y volverla a hallar en la melodía lenta de un blue o en la vertiginosa de un foxtro, era todo lo que Joe le pedía a la vida. Estaba seguro que nada cambiaría allí dentro del bar, y que el mundo permanecería siempre así para asegurarse aquella pequeña y grande felicidad suya.

Pero un día alguien le dió una noticia terrible. Mary, una vez casada se iría a vivir con Tex a Arizona. El negro sintió que su vida se paralizaba con aquella nueva. Se resistió a creerla. Como quien no tiene interés preguntó al dueño, si se nos va Mary, confirmó Dunn dando vueltas a su grueso cigarrillo de hoja en la boca. «Siento», es una buena muchacha. Silencioso, cabizbajo, Joe volvió a la orquesta. Quizá fue allí, en ese instante, en ese breve trecho de veinte pasos, que nació en su cerebro aquella idea que debía obsesionarlo. El presentimiento de que una vez ida Mary no podría seguir viviendo el antiguo. El bullicio del bar se le hacía a ratos insostenible, cuando no se entregaba a él locamente para acallar su desesperación. Y la fecha del matrimo-



nio se acercaba. Joe sentía un nudo en su garganta cada vez que Tex entraba al bar y se arrimaba al mostrador. Su odio fue creciendo día a día. Faltaba ya poco tiempo. En su cabeza, como un taladro, la idea fija daba vueltas y más vueltas horadando cada vez más hondo. Nunca él tosar el saxofón con más furia y dolor que aquel entonces. Los seis restantes compañeros de Joe en la orquesta le miraban extrañados y reían.

Yo le comuniqué mis temores a Harry Jones. Pero Harry me dijo que Joe era un mal hombre y que no era digno de que se ocuparan de él. Vaya usted a saber... La cuestión es que, quizá, aquella pesada noche del mes de agosto, todo empezó a dar vueltas en la cabeza de Joe: el bar, la orquesta, su vida, la calle, su infancia, las botellas, los vasos y las mesas como un oscuro torbellino. Un calor horrible enardecía la ciudad. La música de un blue que salía hasta la calle por las abiertas puertas del bar, hacía más pesada la noche.

Dicen que Tex recorrió el camino del bar a su casa con la melodía de un foxtro en su silbido y canturreando a trechos unas estrofas. Caminaba con paso firme y lento. Una alegría viril le inundaba y su mirada se levantaba a veces hacia las estrellas. Una noche limpia, fría, muda y expectante lo veía pasar por unas calles y él se parecían despedir-

se de él para siempre. Joe le seguía a prudente distancia buscando las sombras. Cuando Tex franqueó la puerta de su domicilio, el negro dejó pasar un instante, se aseguró de no ser visto por nadie y luego entró. El asunto debía ser fácil. En la oscuridad de la escalera hasta los dos puñaladas para borrar de los ojos de Tex toda esperanza y quebrar su cuerpo en un ademán doloroso y desesperado. Habrá buscando en las tiznadas el apoyo de las paredes, y luego su cuerpo habrá rodado unos escalones hasta quedar tendido en el primer descanso. Así lo encontraron.

Yo fui al entierro de Tex. La investigación policial fracasó por completo, ¿recuerda usted? Cuando volví a ver a Mary, otra vez tras el mostrador, su rostro parecía cansado y sus miradas se detenían largo rato sobre un objeto cualquiera como enemistado. Sólo el pedido de un mozo varias veces repetido, hacía volver la vida a sus ojos. Entonces maquinalmente daba vueltas la manijilla de la caja, sacaba las fichas del cajón, entregaba el vuelto y luego de pasar su mirada indiferente por el bar, volvía a abstraerse. No notó que cuando ella volvió al bar, Joe tocó y cantó en forma extraña e inusual, mientras una felicidad tumultuosa sacudía su

Alargó su cuello y besó el borde del vestido de la muchacha. El mundo, murmuró, el mundo y la vida todo lo es usted. El mundo robaba todo eso. Y golpeó su cabeza contra el suelo gimiendo dolorosamente. Ella comprendió. Quedó aterrada al comprobar que era objeto de una pasión tan grande, tan abrumadora y sangrienta. Sin saber qué hacer lo echó de allí.

Un largo rato estuvo cavilando frente a esa nueva vida vacía y confusa que se alzaba ahora ante ella. Luego tomó su sombrero y abandonó el bar. Dunn, asombrado, la llamó por su nombre: «Eh, ¡Mary!... ¡Mary!... Pero no obtuvo respuesta.

Cinco días después fue cuando ocurrió el suceso que conmovió al bar días y meses y que a usted tan mal le han contado. Alguien pidió a Joe que tocara «Iguale que en un sueño». Debe decirle que Joe era entonces algo semejante a un espectro. Su estado inspiraba lastima y sus ojos no se apartaban de la puerta como si esperase el regreso de alguien. Recibió el pedido y de pronto gritó: «¡No! ¡No quiero tocar "Iguale que en un sueño"! Ella no está aquí para oírlo. ¡Se fue porque yo maté a Mary! ¡No volveré más!... Se imagina usted la confusión que causaron aquellas palabras. Muchos se quedaron mirándose entre sí, otros corrieron hasta la orquesta para sujetarlo. La policía apareció luego, y Joe fue sacado casi a la rastra mientras gritaba desahogado su muerte y su amor a Mary.

Aun comentábamos el hecho, cuando una tarde, no mucho tiempo después que la policía llevó a Joe, Mary entró. Su aparición causó asombro. Su rostro abatido y su mirada cargada de un extraño dolor la habían transfigurado. Se veía en sus ojos que venía allí para algo. Una determinación firme y oscura brillaba en su mirada. Pero estaba tan distinta, tan cambiada, que costaba trabajo trasladarla en el recuerdo hasta detrás del mostrador, volver a poner en sus ojos azules su clara mirada de niña, en su boca aquella sonrisa alegre y feliz, y en sus brazos el encantador ademán con que daba vueltas la manijilla de la caja. «¿Dónde está Joe?», preguntó ansiosamente. Los muchachos se inclinaron entonces hacia ella y le explicaron con minuciosidad lo ocurrido. Mary vio en sus palabras gritar a Joe desesperado, el asombro del bar, la confusión que siguió luego y la imagen lejana y opresora de la cárcel. Un largo silencio sucedió cuando terminamos de hablar. Mary permaneció todavía allí un largo rato. Diríase que flotaba en medio del vacío más absoluto. Cambió luego unas pocas palabras y salió. Herbert Morris le encontró un día en una calle de Brooklyn. Dicen que Johnnie, el hijo de Burns, la vio una vez en el elevado mal vestida y averjentada. Después nadie supo más de ella.

No podía soportar la mirada de Mary que le quemaba, y le parecía sentir detrás suyo la presencia de algo muy grande y espeso que lo oprima contra el mostrador y debilitaba sus piernas y sus brazos. Pero una vez en la orquesta, olvidada su muerte y volvía a fundirse con el bullicio del bar y el estrépido de los pistones, trombones, saxofones y banjos que lo rodeaban. Alegre y seguro su saxofón podía cantar ahora hacia el techo, hacia ambos costados, o hacia el suelo su felicidad indudable. Pero su alegría lo perdió. «Compuso un blue que se llamaba: "Iguale que en un sueño". Una noche, lentamente acompañado y mecido por el vaivén de los siete cuerpos de la orquesta, empezó a dibujarse su hermosa melodia. Joe se adelantó y radiante de dicha cantó, si mal no recuerdo, esto:

«Y no había espacio, ni tiempo que la robaba a mi vista y la dejara.

Yo puedo, si quiero, cargar el mundo en mis hombros porque ella está aquí.

Pero prefiero cantar y no hacerlo». Cuando Joe terminó de cantar, Mary se quedó mirándolo fijamente desde atrás del mostrador. Al día siguiente, la misma mirada dura e interrogadora le siguió, le espío y le talaró desde que él entro a ocuparse su puesto, hasta que abandonó el bar pasada la media noche. Los días subsiguientes Joe no se atrevió a mirar a Mary, ni se acercó al mostrador. Una tarde ella lo llamó: «Cante usted "Iguale que en un sueño", pidió Joe. Pero su voz temblaba. Se conocía que una creciente tensión nerviosa le invadía por entero. Sería mejor que se dedicara usted a cargar el mundo y no a cantar, notó ella despectivamente. Si, reconoció Joe. ¿Por qué? preguntó ella mirándolo fijamente. «¿Por qué? El mundo y la vida yo vi como ella, después de llamarla varias veces se encerró con él en una pieza vecina al despacho de Dunn. ¿Quién mató a Tex? preguntó Mary a quemarropa. Joe balbuceó unas palabras e intentó retirarse. Se sentía acosado. Ensayó una sonrisa, pero a su boca sólo asomó una mueca dolorosa y a sus ojos una mirada desesperada en la que iba toda la justificación de su vida. Pero Mary, implacable y decidida, lo retuvo. ¿Quién mató a Tex? gritó fuera de sí. El cayó entonces, de rodillas.

Alargó su cuello y besó el borde del vestido de la muchacha. El mundo, murmuró, el mundo y la vida todo lo es usted. El mundo robaba todo eso. Y golpeó su cabeza contra el suelo gimiendo dolorosamente. Ella comprendió. Quedó aterrada al comprobar que era objeto de una pasión tan grande, tan abrumadora y sangrienta. Sin saber qué hacer lo echó de allí.

Un largo rato estuvo cavilando frente a esa nueva vida vacía y confusa que se alzaba ahora ante ella. Luego tomó su sombrero y abandonó el bar. Dunn, asombrado, la llamó por su nombre: «Eh, ¡Mary!... ¡Mary!... Pero no obtuvo respuesta.

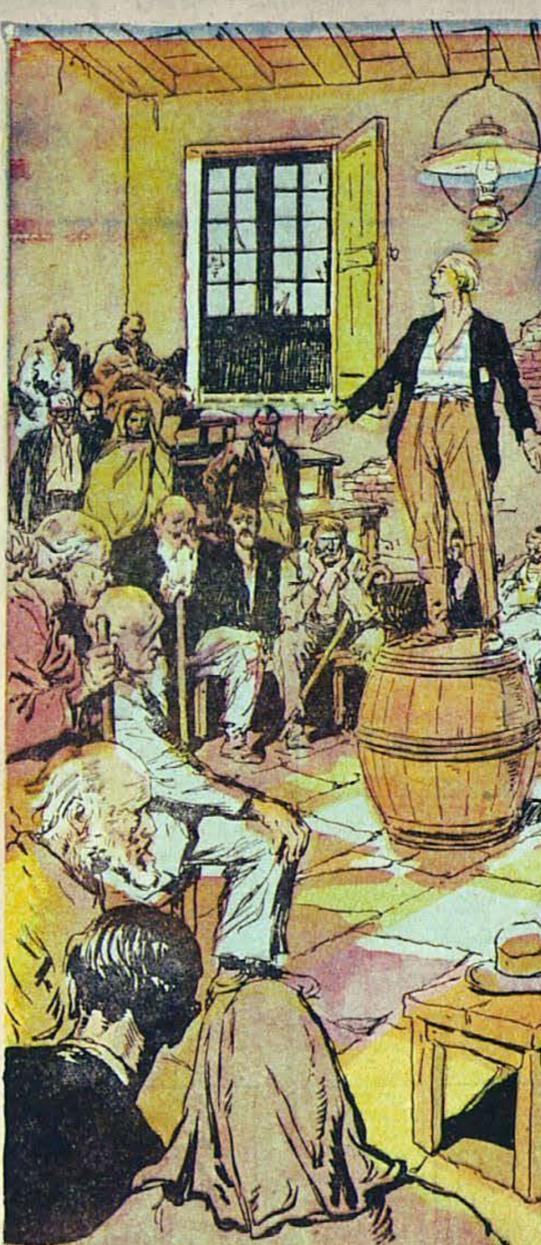
Cinco días después fue cuando ocurrió el suceso que conmovió al bar días y meses y que a usted tan mal le han contado. Alguien pidió a Joe que tocara «Iguale que en un sueño». Debe decirle que Joe era entonces algo semejante a un espectro. Su estado inspiraba lastima y sus ojos no se apartaban de la puerta como si esperase el regreso de alguien. Recibió el pedido y de pronto gritó: «¡No! ¡No quiero tocar "Iguale que en un sueño"! Ella no está aquí para oírlo. ¡Se fue porque yo maté a Mary! ¡No volveré más!... Se imagina usted la confusión que causaron aquellas palabras. Muchos se quedaron mirándose entre sí, otros corrieron hasta la orquesta para sujetarlo. La policía apareció luego, y Joe fue sacado casi a la rastra mientras gritaba desahogado su muerte y su amor a Mary.

Aun comentábamos el hecho, cuando una tarde, no mucho tiempo después que la policía llevó a Joe, Mary entró. Su aparición causó asombro. Su rostro abatido y su mirada cargada de un extraño dolor la habían transfigurado. Se veía en sus ojos que venía allí para algo. Una determinación firme y oscura brillaba en su mirada. Pero estaba tan distinta, tan cambiada, que costaba trabajo trasladarla en el recuerdo hasta detrás del mostrador, volver a poner en sus ojos azules su clara mirada de niña, en su boca aquella sonrisa alegre y feliz, y en sus brazos el encantador ademán con que daba vueltas la manijilla de la caja. «¿Dónde está Joe?», preguntó ansiosamente. Los muchachos se inclinaron entonces hacia ella y le explicaron con minuciosidad lo ocurrido. Mary vio en sus palabras gritar a Joe desesperado, el asombro del bar, la confusión que siguió luego y la imagen lejana y opresora de la cárcel. Un largo silencio sucedió cuando terminamos de hablar. Mary permaneció todavía allí un largo rato. Diríase que flotaba en medio del vacío más absoluto. Cambió luego unas pocas palabras y salió. Herbert Morris le encontró un día en una calle de Brooklyn. Dicen que Johnnie, el hijo de Burns, la vio una vez en el elevado mal vestida y averjentada. Después nadie supo más de ella.

No podía soportar la mirada de Mary que le quemaba, y le parecía sentir detrás suyo la presencia de algo muy grande y espeso que lo oprima contra el mostrador y debilitaba sus piernas y sus brazos. Pero una vez en la orquesta, olvidada su muerte y volvía a fundirse con el bullicio del bar y el estrépido de los pistones, trombones, saxofones y banjos que lo rodeaban. Alegre y seguro su saxofón podía cantar ahora hacia el techo, hacia ambos costados, o hacia el suelo su felicidad indudable. Pero su alegría lo perdió. «Compuso un blue que se llamaba: "Iguale que en un sueño". Una noche, lentamente acompañado y mecido por el vaivén de los siete cuerpos de la orquesta, empezó a dibujarse su hermosa melodia. Joe se adelantó y radiante de dicha cantó, si mal no recuerdo, esto:

«Y no había espacio, ni tiempo que la robaba a mi vista y la dejara.

Yo puedo, si quiero, cargar el mundo en mis hombros porque ella está aquí.



HABLARE de una clase poderosa y miserable de la sociedad inglesa; acudiré los tristes y viejos trapos de los mendigos y de los vagabundos, y de todo eso saldrá una aventura conmovedora, original y verdadera. Los socorros oficiales, las cuotas particulares, las medidas legislativas no han podido nunca abolir la mendicidad en Londres. Los mendigos abundan en todas las calles de la ciudad y el espíritu calculador de los ingleses diría, si fuese necesario, los provechosos, las entradas, la jornada de cada uno de esos miserables.

En el horrible barrio de Saint-Giles había un club formado por mendigos de Irlanda, que abandonaron las maravillas naturales de su hermoso país para explotar la fácil sentimentalidad de los habitantes de la metrópoli.

El círculo de Saint-Giles era una formidable asociación dirigida por un presidente y con sus secretarios nombrados por mayoría de votos.

Había asambleas periódicas, fiestas, días de recibo y banquetes espléndidos. El tesorerero de esa extraña sociedad no dejaba nunca de enviar a Dublin una cuota trimestral, establecida por los socios mendigos en favor de los pobres de la lejána y desgraciada patria.

Todas las noches se reunían en la sala del club, donde fumaban, se conversaba y se juzgaba como podría hacerse en el círculo más elegante de cualquier gran capital.

El Club de los Mendigos

de increíble; todo lo que la desesperación tiene de más terrible. Hermanos: compadécime y perdóname... Estoy enamorado... Enamorado de una gran dama, de una lady.

Un largo murmullo atravesó la asamblea. Algunas voces confusas intentaron increpar a Arnold; por fin hubo un momento de estupor y de silencio y el desdichado continuó: «Mi audacia es extrema, sin duda. ¿Es posible que yo ame, que adore, que siga como una sombra a la viuda de lord Welbrook, la más bella, la más seductora criatura del reino? ¿Cuadraría a un miserable irlandés, a un miserable mendigo, lord, sufrir vivir y morir por ella? He querido olvidarla; me fué imposible. Quise distraerme, aturdirme. Frecuenté los cafeterías, las tabernas, los más horribles garitos. Beví, jugué, me emborraché... y un día, tambaleante, enfurecido por el alcohol, pegué a un amigo, un mendigo como yo, un hermano...

«¿Ya te perdoné, Arnold! exclamó un anciano, enjugándose las lágrimas. «Milord, de parte de nuestro hermano, me fué imposible no volverla a beber más y he mantenido mi palabra. Pero mi desdicha aumenta cada día; ya no tengo el "gin" para aturdirme, para consolarme, para transportarme lejos de ella, lejos de la ciudad, lejos del mundo; y siempre la veo: de día, cuando mendigo; de noche, cuando velo, y ahora mismo, mientras hablo.

«Te dirigí la palabra alguna vez? — le preguntaron. — ¿Te ha hecho una limosna? — Nunca me ha hecho una limosna; nunca me ha hablado; pero ella me vió a menudo, me ha encontrado en sus paseos... ¡Oh! ¡Ella me conoce!... «¿Qué quieres decir? — Voy a confiarle todo mi secreto, toda mi locura. A medio día, cuando mi jornada ha terminado y he recogido mis limosnas, vuelvo a mi tugurio, dejo mis harapos, me visto con cuidado... En suma, hago desaparecer al mendigo y asumo la apariencia de un hombre de mundo. Desde ese momento, en mi mente ambiciosa no soy ya un irlandés, un esclavo que pide limosna, sino un gran personaje, dueño de un título y una gran fortuna; creo llamarme lord Arnold, y voy alegre y altivo a ver pasar una mujer por las avenidas de Hyde-Park. Ella pasa en su coche; yo la miro, la saludo y me alejo.

A menudo ella sonríe; tal vez de compasión, cuando me ve aparecer... ¿pero qué importa? Desde seis meses esta ha sido mi vida, mi ambición, mi delirio; por eso ya no sé mendigar, ni para mí ni para mis hermanos, ni para Irlanda.

Pido, pues, que se me deslije de mi juramento, para poder irme muy lejos.

«¿Tú no partirás? — dijo el presidente.

Según las disposiciones del reglamento de la asociación, ningún socio podía regresar a Irlanda, alejarse de Londres a una distancia mayor de dos millas, ni renunciar a las prácticas y a los beneficios de la mendicidad sin la autorización del club. Arnold, por consiguiente, fué invitado a exponer los motivos de su conducta ante el tribunal de sus jueces.

Aquella noche la reunión era numerosa y brillante; se trataba de un gran acto de justicia distributiva, y además iba a oírse, por última vez, quizás, la voz queruida. La sala donde debían tener lugar las deliberaciones había sido adornada con cierta pompa. Todos vestían sus trajes de fiesta y, sentados en los escalones que formaban una especie de anfiteatro, esperaban que se abriera la sesión con un recogimiento silencioso, hecho de temor y de tristeza.

A una señal convenida, una puerta fué abierta con violencia. El presidente del círculo, los asesores y los secretarios se sentaron en su banco y todos los asistentes se levantaron para saludar a Arnold, que acababa de entrar.

Arnold hizo un saludo y fué a su lugar, el famoso tonel que le servía de tribuna y de asiento. Prestó juramento y prometió decir la verdad. Le pidieron el motivo de su próxima partida y de su cambio de conducta, que tanto afligía a sus hermanos. Arnold, la cabeza agachada, guardó silencio. Lo inclinaron a hablar apelando a sus recuerdos, a sus sentimientos, a su probidad, a sus promesas. Arnold seguía inexorablemente inmóvil y mudo. La asamblea lo acusó de perfidio, de hipocresía y de traición. Entonces Arnold se levantó ferozmente para mirar a sus acusadores, exclamando: «Hermanos: he aquí mi excusa y mi justificación: la vista de esta ciudad maldita me hace daño; mi cadena de miserias me agobia; necesito espacio, aire y sol. Me ahogo... ¿Soy desdichado? El presidente, que era el decano de los mendigos, hizo acercar al joven y tomándole una mano con cariño paternal le dijo: «Amigo, en nombre de todos aquellos que nos escuchan y que te quieren, ¿quieres decirnos cuál es la causa de tu dolor? ¿Qué ocultas en tu corazón? Vámonos, habla; ¿qué tienes? ¿Qué tengo? Padezco de gran mal, hermanos...

«Algo de extraño, de terrible, de inaudito; todo lo que la desgracia tiene de espantoso; todo lo que la locura tiene



LOS transeúntes me han hablado como me había hablado el sargento en la selva...

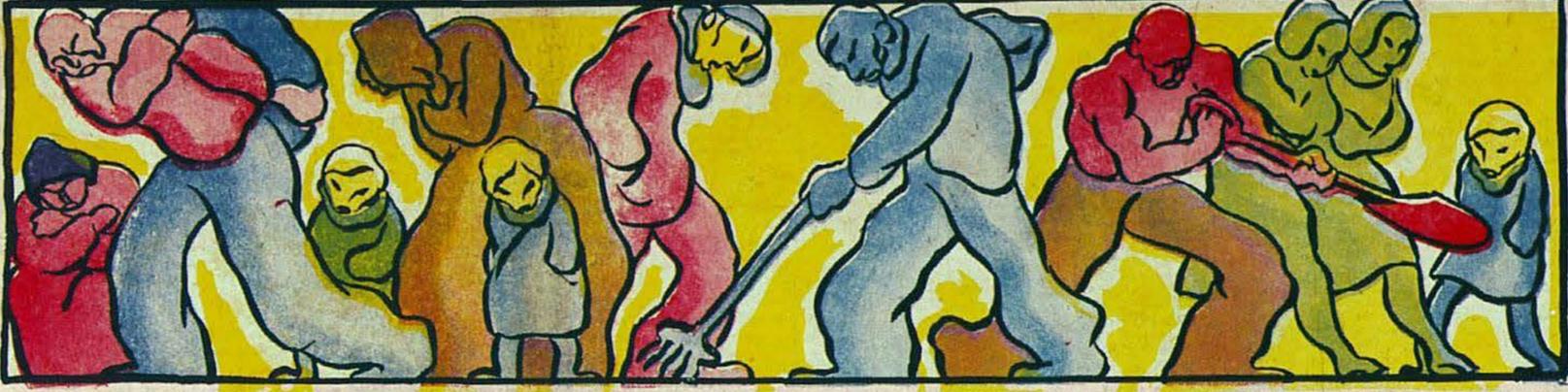


Ilustración de PASCUAL GUIDA

Luis Fernando Céline es la última gran revelación literaria de Francia. En plena madurez, siendo un médico de barrio totalmente desconocido en los ambientes intelectuales...

—Aquí es, pues — me dije — No es gran cosa... Hasta era peor que todo el resto...

—No era el único que esperaba. Uno de los que aguardaban allí me dijo que el estaba en el mismo lugar desde hacía dos días...

—Era cierto lo que me había dicho de que tomaban a cualquiera en la casa Ford. No había mentido...

—Por supuesto, nos hicieron poner en pelo para empezar. La visita tenía lugar en una especie de laboratorio...

—Mejor — he respondido — pero Ud. sabe, señor, yo tengo instrucción e inclusive he emprendido hace de esto ya tiempo estudios médicos...

—De golpe me ha mirado con un ojo fijo. He sentido como un alfilerazo en la nuca...

—Aquí no le servirán de nada sus estudios, amigo! Ud. no ha venido aquí para pensar, sino para hacer los movimientos que le mandarán ejecutar...

—En adelanté me proponía pasar por un tipo trabajador. Una vez vestidos, fumos repartidos en filas pesadas...

allá a brincar, ese loco reumbré, entre las correas y los volantes, a llevar a los hombres sus raciones de contradiiciones...

Uno se deja ir a las máquinas con las tres ideas que quedan vacilantes arriba detrás de la frente, de la cabeza. Todo se acabó. Por doquiera, lo que se mira, todo lo que la mano toca, es duro ahora...

He tratado de hablar al contramaestre al oído; ha gruñido como un cerdo por toda respuesta; y con gestos solamente me ha mostrado, pacientemente, la maniobra muy simple que debía cumplir en adelante para siempre...

Entonces, a fuerza de renunciar, poco a poco, me he vuelto como los otros. Un nuevo Fernando. Después de algunas semanas. Con todo, el deseo de ver a la gente de afuera volvió en mí...

Le había echado el ojo al pequeño pabellón en cuestión, rodeado de establos. Para entrar, era menester darse prisa, a fin de que el sereno que estaba de guardia cerca de la puerta no advirtiese nada...

No pude impedir el hacerme parroquiano de ese lugar. Todo mi salario iba derecho allí. El cine no me bastaba ya, percibía adentro y en la cabeza y más abajo, agitando las tripas y resonando hasta los ojos...

—Resista a pesar de todo, uno se resiste a asegurarse de su substancia, uno quería buenamente para todo esto para reflexionar sobre ello y escuchar en sí las pulsaciones fáciles del corazón...

Mientras los equipos se solazaban, yo, por mi parte, inspirado, redactaba pequeños relatos para mí solo en la cocina. El entusiasmo de esos

deportistas por las criaturas del lugar no rayaba por cierto en el fervor algo impetuoso del niño. Esos atletas autónomos en su fuerza estaban ya habituados en lo que respecta a la perfección física...

—No nos hicimos íntimos de cuerpo y alma a flambos juntos a pasear algunas horas por semana a la ciudad. Pese a amplios recursos, esta amiga, ya que hacía hasta cien dólares por día en la casa, mientras que yo, en la casa Ford, ganaba apenas seis...

—Una noche, porque sí, sin motivo alguno, me ofreció cincuenta dólares. Primeramente la miré. No me atrevía. Pensaba en lo que mi madre habría dicho en un caso semejante...

—Luego nos fuimos al cine con Molly para estrenar mi traje nuevo. Me preguntaba en el camino si no estaba celoso, porque el traje me daba un aire triste y también el deseo de no volver más a la fábrica...

—Ella me aconsejaba así gentilmente, quería que fuese alegre. Por primera vez un ser humano se interesaba por mí, por mi interior, diría, por mi egoísmo, se ponía en mi lugar y no me juzgaba tan solo desde el suyo...

—Ahí sí hubiese encontrado antes a Molly, cuando aún era tiempo de tomar una senda en vez de otra! Antes de perder mi entusiasmo por esa bribona de Musyne y por esa pequeña indecente de Lola!

—Molly trataba amablemente de retenerme a su lado, de disuadirme. —La vida se pasa aquí tan bien como en Europa, Fernando! Seremos felices juntos...

mar mis escrúpulos. Proyectos. Yo le daba la razón. Me avergonzaba incluso de verla hacer todas esas cosas para conservarme. La quería, por supuesto, pero amaba aún más mi vicio...

—Todo eso era banal. Pero Molly estaba dotada de una paciencia angelical, creía con la firmeza del hierro en las vocaciones. Su hermana menor, por ejemplo, en la Universidad de Arizona, había cogido la manía de fotografiar a los pájaros en sus nidos...

—Un corazón infinito, verdaderamente, con verdadero sublime adentro, que puede transformarse en dinero, no en chafalón como el mío y tantos otros. Respecto a mí, Molly estaba completamente dispuesta a interesarse, pecuniariamente en mi aventura viciosa...

—Desde entonces he estado esperanzado en encontrarlo a cada momento. Sentía que lo tenía cerca. Molly continuaba siendo tierna y bondadosa. Hasta la notaba más atenta que antes, desde que estaba persuadida de que yo quería irme definitivamente...

—Pequeños otros pelados, bósquitos de chapas rotando músculos y lags, gentes leyendo aquí y allá revistas ilustradas bajo el cielo cargado de nubes plúmeas...

—Querido volver a Francia —le dije— ya he visto bastante, tenía razón... —Hacés bien —repuso— nosotros ya hemos fallado...

—Volvíamos hacia la multitud y luego la dejaba ante su casa, porque de noche la clientela la solicitaba hasta el amanecer. Mientras ella se ocupaba con sus clientes, experimentaba a pesar de todo una pena...

—Con ellos se iba lejos. Mucho más allá de las fábricas, hacia las barracas imprecisas, las callejas de casas indistintas, en el pavimento enfangado...

bleciese un pequeño balance para una pensión presupearía que quería instituirme. No podía resolverme a aceptar ese presente. Una postrer vaharada de delicadeza me impedía usar más, seguir especulando con esa naturaleza verdaderamente demasiado espiritual y excesivamente gentil...

—Me planté ante la gran vital del generador central, ese gigante multifforme que rugió bombardeando y despidiendo no sé de dónde un qué qué, por mil tubos relucientes, intrincados y viciosos como lianas...

—El también volvía de limpiando una oficina con los otros. Ese es el único trabajo que había podido hallar. Marchaba gravemente, con un poco de verdadera majestad, como si acabase de ejecutar actos peligrosos...

—El había reconocido en la segunda, Fernando! Por la manera como has subido al tranvía... Figúrate, nada más que en el modo que estabas triste cuando has visto que no había una mujer...

—Era cierto que ese era mi modo de ser. Decididamente tenía un alma silenciosa como tenía una bragueta. No tenía por que asombrarme de esa observación justa...

—Mire, Fernando, haga de cuenta que ya está lejos. No es verdad, Fernando, que Vd. hace exactamente lo mismo que Vd. quiere hacer? Eso es lo importante...

—Ahora la casa está cerrada. Eso es todo lo que he podido saber. Bueno, admirable Molly; quiero, si es que todavía puede leerme desde un lugar que no conozco...

—Ciertamente, para dejarla fui lo bastante loco, loco de una especie fea y fría. Sin embargo, hasta ahora no he sentido a mi alma y sí mañana la muerte me llevara, estoy seguro que no sería nunca tan completamente frío...

ciudad después del cierre. Parecían menos inquietos que nosotros, gentes del día. Quizás porque ellos habían descendido más abajo de la gente y de las cosas...

—Una de esas noches, habiendo tomado otro tranvía más y encontrándonos en la estación terminal y mientras bajábamos despacio, me pareció que me llamaban por mi nombre: —Fernando! ¡Eh, Fernando!

—El también volvía de limpiando una oficina con los otros. Ese es el único trabajo que había podido hallar. Marchaba gravemente, con un poco de verdadera majestad...

—El había reconocido en la segunda, Fernando! Por la manera como has subido al tranvía... Figúrate, nada más que en el modo que estabas triste cuando has visto que no había una mujer...

—Era cierto que ese era mi modo de ser. Decididamente tenía un alma silenciosa como tenía una bragueta. No tenía por que asombrarme de esa observación justa...

—Mire, Fernando, haga de cuenta que ya está lejos. No es verdad, Fernando, que Vd. hace exactamente lo mismo que Vd. quiere hacer? Eso es lo importante...

—Ahora la casa está cerrada. Eso es todo lo que he podido saber. Bueno, admirable Molly; quiero, si es que todavía puede leerme desde un lugar que no conozco...

—Ciertamente, para dejarla fui lo bastante loco, loco de una especie fea y fría. Sin embargo, hasta ahora no he sentido a mi alma y sí mañana la muerte me llevara, estoy seguro que no sería nunca tan completamente frío...

dormir... Sin contar el polvo de los "escritorios", que se te mete en los pulmones, que es un gusto... ¡me comprendés?... Es cosa de reventar...

—Nos citamos para otra noche. He vuelto a ver a Molly y le he contado todo. Ella trataba de enfomarse por ocultarme la pena que le causaba, pero no era difícil ver sin embargo que la experimentaba. Ahora la abrazaba más a menudo...

—De tiempo en tiempo, Molly se dejaba, sin embargo, arrearar por el deseo de hacerme un reproche cariñoso, en términos amables. —Vd. es muy bueno, Fernando — me decía — y yo sé que hace esfuerzos para no hacerse tan malo como los otros...

—Piénselo bien! Vd. tendrá que encontrar trabajo cuando vuelva a su país, Fernando... Y por otra parte Vd. no podrá pensar más allá de aquí y abandonar el ensueño durante noches y noches...

—Mi manera no era gran cosa. No bastaba, ella, Molly, estaba bien de carne, tentadora. Pero yo tenía esa maldita inclinación a las fantasmas. Tal vez no del todo por mi culpa...

—No, Fernando, Vd. no volverá más... Y además, yo tampoco me quedaré aquí... No sea ingenuo. Llegó el momento de la partida. Fuimos una noche a la estación un poco antes de la hora en que ella debía volver a la casa...

—El tren ha entrado a la estación. Yo no estaba ya seguro de mi aventura cuando he visto la máquina. He abrazado a Molly con todo el coraje que aun tenía en mí osamenta. Sentía pena, pena verdadera por una vez, por todo el mundo, por mí, por ella, por todos los hombres...

—Es tal vez eso lo que se busca a través de la vida, nada más que eso, la mayor pena posible para convertirse en uno mismo antes de morir. Han pasado años desde esa partida y más años aún... He escrito a menudo a Detroit y a otras partes, a todas las direcciones que recordaba y donde podían conocerla y seguirla a Molly. Nunca he recibido respuesta...

—Ahora la casa está cerrada. Eso es todo lo que he podido saber. Bueno, admirable Molly; quiero, si es que todavía puede leerme desde un lugar que no conozco...



FOR L. Fernando Céline

Trad de Simón Buril

Lamentable Tarea del Escritor

Lo que el público se imagina y lo que en realidad es la carrera de las letras.

LA profesión de escritor es, probablemente, una de las más absurdas ocupaciones adoptadas por la humanidad. Escribir libros es en realidad un lógico proceso, una ridícula manera de desperdiciar el corto tiempo de que dispone el hombre. Es una especie de solitario confinamiento impuesto por una secreta vanidad idiota y una turbia esperanza. Día tras día, por ejemplo, año tras año, a la mañana voy a una pequeña casa que poseo en West Chester y allí escribo; escribo solo y sin interrupción, desde las diez hasta la una o las dos—hasta que mil quinientas palabras manuscritas están listas— y entonces, mentalmente exhausto, físicamente oprimido e irritado, vuelvo a Dover House para almorzar. En la tarde, más frecuentemente si que no, escribo otra vez mil quinientas palabras. Prácticamente, cada mañana de mi vida madura, incluido el domingo, me he sentado frente a dos lapiceros y una pila de cuadernos en blanco.

Los cuadernos vacíos están cerca de mi mano derecha; cuando se llenan son movidos por mi mano izquierda. Poco importa que mi labor sea ardua, están siempre delante mío en una cantidad que jamás podré utilizar. La delgada corriente de la tinta fluye a través de la pluma, con un suplicio que nunca agotará.

Estos hechos inevitables, eventualmente se tornan demasiado incómodos. El solo esfuerzo de mover una lapicera página tras página, no es, en sí mismo, excesivo; pero cuando se trata de expresar una idea es devastador. Fuera de las ventanas de mi pequeño escritorio se ve una placentera calle con veredas de ladrillo y árboles, y una inintermitente, atractiva vida local. En la época de la caída de las hojas la calle está dorada, llena, durante la siesta, de la luz dorada del sol; y todo es claro, porque en el condado de County el mundo es bello—valles azules, verdes colinas y follaje bermejo. Pienso en sus señaladas bellezas y continúo escribiendo hasta que el crepúsculo cae, los colores se marchitan afuera y el día se torna frío.

En la primavera es peor: las ventanas están abiertas—después del largo aislamiento del invierno—y una cantidad de encantadores, divertidos sonidos penetran en la casa; los valles, entonces, están cubiertos por la blancura de los manzanos en flor, los arroyos murmuradores y musicales y los crepúsculos dulces, con agudo cantar de los pájaros y el lento croar de las ranas en las lagunas. Permanezco sentado frente a mi mesa, que es demasiado baja para mí; mi brazo izquierdo, durante horas, en una misma posición, se paraliza a medias; los dedos de mi mano derecha se van volviendo nulos para sostener la lapicera. Porque no he encontrado jamás una mesa más alta, es algo que está más allá de mí el decirlo. Por tres años he continuado encorvándome sobre ella en una ruda e incómoda posición.

No hay alfombra en el cuarto donde trabajo, y la mesa se desliza frente mío, se desliza lejos, urgida por mi estómago y concluyo por encontrarme al lado de la puerta principal de mi escritorio. A veces, subconscientemente, la detengo, la vuelvo al lugar que le pertenece; entonces cojen a almorzar de nuevo. Hay una plancha de latón, en el medio del piso, y, al fin, maniobro para fijar una pata de la mesa atrás de ella. Entonces todo, excepto mi cerebro y mi mano, permanece estacionario por una hora más o menos.

Escribo persiguiendo la mesa a través del cuarto, con jaquecas y otras perturbadoras enfermedades; escribo en invierno, cuando la calefacción, suministrada por un sistema central, falla y estoy rígido por el frío y la inactividad, y en verano, cuando la tinta se corre sobre el papel en que mi mano se ha apoyado. Sigo así, y los únicos acontecimientos que me depara el calendario son las apariciones, los martes y viernes, de la señorita O'Hara, quien se encarga de la limpieza de mi casa.

Lo que hace que me sea particularmente difícil soportar esta existencia es el general convalecimiento de que mi vida es un paraíso de pereza y placer. El público parece creer que yo dividí mi tiempo entre la compra de corbatas, la ingurgitación de champagne y la conversación con las más hermosas criaturas femeninas de esta y otras comarcas. Frecuentemente, con envidia, he pensado en la vida que se supone que llevo. La realidad es bien diferente.

La actitud de las mujeres con respecto a un novelista, es en parte de envidia y en parte de un previo resentimiento. Toman el aire de esperar lo peor, de su parte. Las aduladoras, no son mejores; concluyen por recitar sus más privadas dificultades, generalmente inventadas y dramatizadas en alto grado, con

la explicación o la excusa de que sólo uno podría entenderlas. Las dificultades, por otra parte, son siempre las mismas; las mujeres están fastidiadas con su existencia; palabra por palabra, cada una de ellas repite lo que todas las otras han dicho. Le tienen a uno la mano, lo miran y terminan por pedir un poco más de champagne o fuego para el cigarrillo. La verdad, enteramente diferente de la leyenda popular es que las mujeres miran a los escritores de una manera impersonal; los miran por encima, como individuos impersonales.

El escritor no es, por lo común, cuando llega a ser empujado, físicamente atractivo; su vida y hábitos son peculiarmente destructivos de los encantos personales; y las mujeres sensibles, las encantadoras mujeres—después que se han saturado a sí mismas con su simpatía—retornan con bien distintos hombres al salón de baile. Además, todo hombre que ha llegado a la eminencia se torna irónico, más irónico que los años pasan. Y las mujeres odian la ironía y la duda en el hombre.

Escribir indiferentemente es lo más provechoso de todo: cuentos, libros que igualmente agradan a los entólosos, romanos, turcos, metodistas, primitivos y episcopales. Libros sobre todo, acerca de una humanidad triunfante, donde la bondad es recompensada por la interminable posesión de mundanas felicidades. He aquí la perfecta fórmula. Dorar el último párrafo y colocar una adorable muchacha rubia.

Una novela que requiere dos años de amarga labor, consecuencia de media vida plena de devastadora experiencia, puede ser fácilmente un éxito en el plano de los meros cumplimientos, y representar doscientos dólares para su autor. Un segundo libro salido de la misma mano, igualmente o más admirable aun, puede traer de vuelta quinientos dólares. Setecientos en total, ganados en un período, quizás, de cinco años.

Cada uno, con respecto a los otros, desea ser justificado, tranquilizado; escribiendo lo que justifica a la mayoría es natural que, invariablemente, la mayoría lo compre. Una de las grandes falacias, en el mundo de los libros, es la creencia de que los trabajos impúdicos e inmorales son inmensamente provechosos. Ellos son, en realidad, improductivos del todo. Su público es limitado. Los libros que colocan un halo luminoso en la cabeza de los hombres comunes y las mujeres vulgares, son en la actualidad las únicas fuentes de riqueza en literatura. Son, en su mayoría, comprados por mujeres que desean realizar, con la imaginación, sus más altas ambiciones y esperanzas. Sus esperanzas y ambiciones, principalmente, las urgen hacia lo enigmático y hermoso, hacia lo romántico, los hombres, el lujo y la variedad en la vida.

Yo jamás esperaría vender una novela acerca de una solitaria y fracasada mujer a las mujeres, por más que ella fuera enteramente sentimental. Una novela sentimental, para venderse, debería exagerar groseramente los dolores de esa mujer. Una fría colección de hechos no tendría éxito con ellas; la búsqueda, la presencia de la verdad y la belleza no tiene sustancia para sus mentes.

La inmensa mayoría de las mujeres lee para soportar, por medio de la ilusión, la espera de un mejoramiento de sus destinos. Yo estoy familiarizado con la fórmula de la mayoría de las novelas de inmenso éxito; podría escribir una, observando todas las exigencias de construcción e ideación, en dos semanas. Semejante libro me reportaría alrededor de cuatrocientos mil dólares, entre escenificación, venta de libros y filmación. Y sin embargo, me es imposible hacerlo. El hecho de que su espíritu no sería sincero, de que yo no creo absolutamente en ello, sería evidente, de inmediato, para todos.

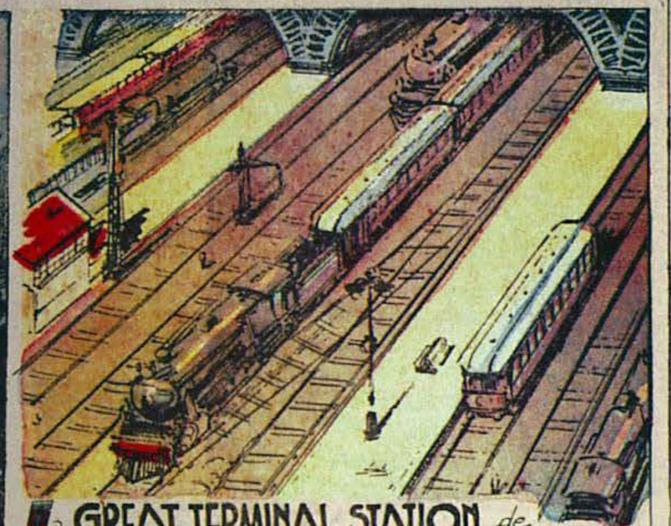
Hasta la jerarquía que a veces acompañaba la tarea del escritor, no es siempre deseable; más eminencia conquista un escritor, más le sigue la contante opresión de una universal estupidez. Una repetición de preguntas y superficies, palpablemente falsos cumplimientos; una penosa demanda de instrucción y asistencia de millares de escritoras sin una sombra de habilidad; la interminable envidia, la animosidad real de casi todos los otros escritores hábiles; la eterna y mala imitación consciente entre lo que se concibe y lo que se realiza.

Y como si fuera poco, no hay para el creador de libros amado o no amado, fiestas ni períodos de descanso. El escritor lleva sus dificultades, sus problemas consigo, a dondequiera que vaya; destuye sus días y atormenta sus noches; ellos están entre él y sus placeres; concluye por abstenerse, incluso de la felicidad y seguridad del amor.

Visto y Oído ★ Ordenó su fusilamiento ★ por PREMIANI



AL SER FUSILADO, MURAT PIDIO QUE LE DEJASEN ORDENAR EL FUEGO. TUVO QUE DAR DOS VECES LA VOZ DE MANDO, PORQUE EN LA PRIMERA LOS SOLDADOS HABÍAN CARGADO LOS FUSILES CON BALAS DE FOGUERO PARA NO MATARLO.

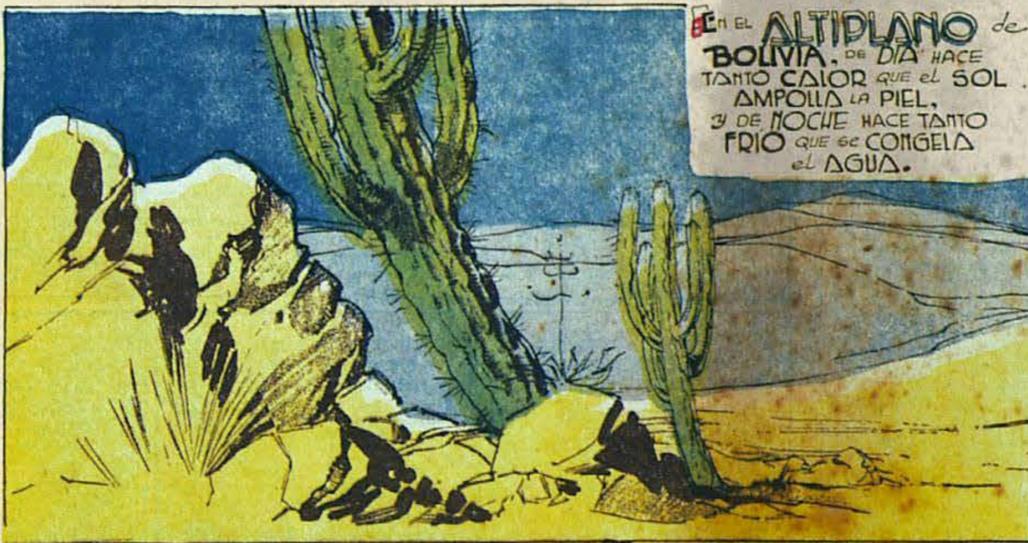


La GREAT TERMINAL STATION de NUEVA YORK es LA MÁS GRANDE DEL MUNDO. TIENE 43 PLATAFORMAS.



La MOSCA NO RESPIRA por LA BOCA, SINO POR LOS POROS del CUERPO.

En el TIBET, POR CADA 4 HABITANTES HAY 1 MONJE.



En el ALTIPLANO de BOLIVIA, DE DÍA HACE TANTO CALOR QUE EL SOL AMPOLLA LA PIEL, Y DE NOCHE HACE TANTO FRÍO QUE SE CONGELA el AGUA.

BIBLIOGRAFIA

González Trillo y Ortiz Behty — "Diez Adolescentes". Colecc. Cometa de la Editorial Tor.

La vehemencia, muchas veces magnífica de González Trillo y Ortiz Behty, no depara a sus autores en "Diez Adolescentes" la continuidad en el acierto. El estilo, lleno de frases pequeñas, cortadas, interrumpidas, cargado de puntos suspensivos; torturado en síntesis que a veces dejan trunca la expresión; exageradamente amargado y continuamente teatralizado, concluye por hacer difícil la lectura de esta novela y menos convincentes las situaciones dramáticas en que abunda y de cuya hondura no se puede dudar.

Por otra parte falta un nexo. Las acciones se entrecruzan, combinan, superponen. A ratos nos cuesta seguir a cada uno de los personajes, que se pierden en un laberinto enloquecido. En una palabra, falta método y adaptación a ese género particular que es la novela.

En cambio, abunda en detalles en trozos aislados capaces de componer relatos perfectamente autónomos. El clima desesperado de la adolescencia — con su

trágico cortejo de demasiado bruscas experiencias — ha sido logrado por González Trillo y Ortiz Behty, quienes han dado relieve de primer plano a esa fermentación que se oculta bajo la aparente gracia del adolescente.

Irene, Max, Marga, Eleazar, Lázaro, Demetrio, Hebe; mujeres y varones en la plena, irreflexiva exaltación de la sangre. Instintivos que se debaten en una noche de angustia. Que aman, odian, compadecen o parten con extraña celeridad, como si el pasado, que en este caso es ayer no más, no pesara sobre sus cuerpos frágiles, sobre sus almas revueltas, azotadas por ráfagas de cielo y lamos de luz — lujuria o generosidad amistosa — que no saben o no quieren detenerse.

Esta exaltación general es válida en Ortiz Behty y González Trillo, aunque los tintes sombríos hayan sido prodigados con exceso, al extremo que sería difícil contar las veces que las palabras "sueñidad" y "angustia" y

sus derivados han sido usados. Desde la página 141 a la 143, por ejemplo, encontramos a la primera cinco veces.

En muchos lugares del libro la forma enumerativa y esencial que los autores emplean para hacer las descripciones de los ambientes y paisajes a veces también de los rostros o los estados de alma, participa de la naturaleza del poema. La página 20 compone un verdadero poema que termina en la siguiente cañilla, cuando habla de la soledad del Sur, y sitúa en ese clima despiadado a Eleazar, a Max, a Laura y su perro.

También este extraordinario párrafo en la página 142. Habla un artista de music-hall. Tapara: "Sabían los brujos, los magos, la terrible verdad — prosiguió. — Por eso descubrieron el Datura Estramonio, la hierba de la locura y de la alegría. Lo único que hace vivir... y en todo hay tanta delicadeza, tanta dulzura. Primero la lluvia de otoño en una tierra misteriosa y extraña... Después de recolección por muchachas del Yunnan... el tajo con el cuchillo blanco, en el crepúsculo, la caída de los pétalos, y cuando la noche fragante crece, el jugo que se condensa en pequeñas lágrimas".

El debilitamiento de esta novela es un producto, en definitiva, de su materia excesiva. Los autores no supieron controlar sus fuerzas. Poetas excelentes y con una visión apasionada de las cosas, derivaron su interés hacia trabajos parciales, descuidando la acción, tan esencial en la novela. En realidad, apuntan en "Diez Adolescentes" más de cinco o seis argumentos que hubieran bastado, cada uno por sí solo, para construir una novela. El caso de Max, por ejemplo, es de una enorme originalidad y profundo interés. Sin embargo, se pierde en el farrago de otras vidas entrecruzadas, cada una de las cuales esboza una acción insuficiente.

No obstante todo lo cual quedan en pie páginas memorables y la nueva certificación de la existencia en González Trillo y Ortiz Behty de dos escritores capaces, con un poco más de ajuste, de lograr en la novela la misma bella realidad presente en sus poemas. — U. P. de M.

★ Los que escriben en "Crítica Revista Multicolor"

RAUL RIVERO OLAZABAL ha colaborado con ensayos críticos y poemas en las principales revistas literarias del país. Se graduó de bachiller en el Colegio Nacional de San Isidro. Luego, en la Universidad de Buenos Aires, se recibió de escribano.

VICTOR JUAN GUILLOT fue diputado nacional y secretario del Consejo de Educación. Es autor de "El alma en el pozo", libro premiado en un concurso literario municipal. Abogado. Nació en Concordia en 1889.

ENRIQUE MALLEA nació en Buenos Aires. Autor de varias publicaciones teatrales. Está empleado en los FF. CC. del Estado. En la actualidad tiene treinta años.

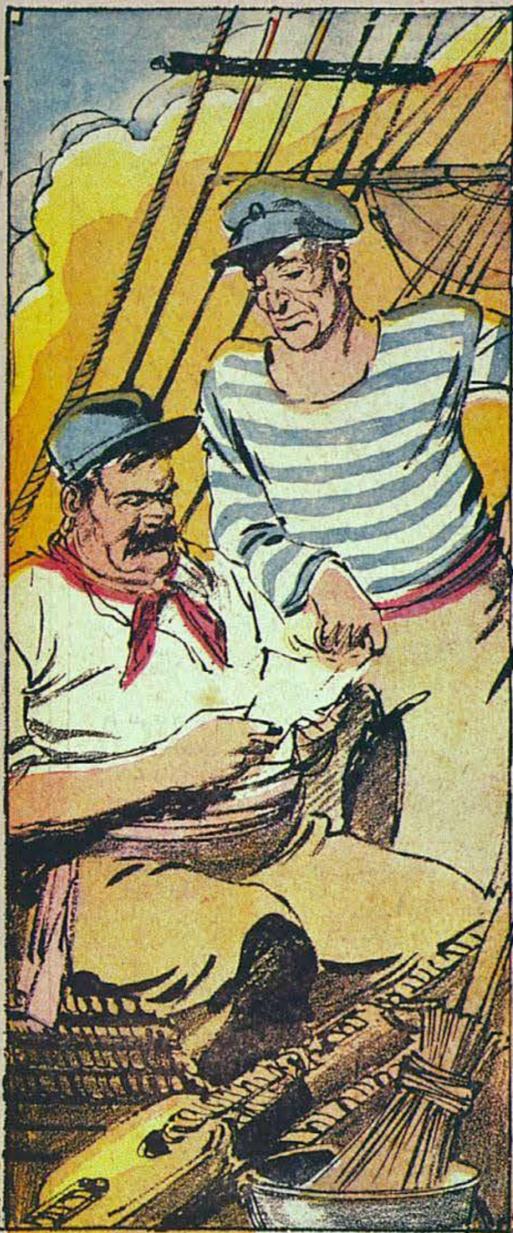
ILDEFONSO PEREDA VALDES, uruguayo. Es autor de "La guitarra de los negros". Su último libro se titula "Acero y música". Participó en el movimiento renovador de las revistas "Proa" y "Martín Fierro".

JOSE DE ESPAÑA, novelista e investigador histórico. Es autor de "La mujer de Shanghai" y "Psicología de Rozas". Su padre era armador. Nació a bordo de un velero llamado "Tres Amigos", en aguas cercanas a Palma de Mallorca, donde fue inscripto. Desde los seis años reside en la Argentina. En cuarto año interrumpió sus estudios de medicina.

JOSEPH HERGESHEIMER es uno de los mejores prosistas norteamericanos contemporáneos. Ha recorrido los Estados Unidos y Méjico. Es autor de numerosas novelas. Entre ellas, de "Tampico", que refleja la fiebre, la crueldad y la extenuación de los trópicos.

Joseph Hergesheimer

El Buque Negrero



I. Pereda Valdés
Ilustración de Premiani

las aldeas de la costa africana. Los días y las noches fueron tranquilos hasta llegar al África del Sur. Una tempestad, una pelea entre marineros, no puede decirse que sean obstáculos para llamar a un buen viaje al que hizo la "Estrella de la Mañana", como se llamaba el buque negro.

Llegaron. El barco atracó suavemente. Los negros se acercaban, curiosos y confiados. Tocaban todo, no saliendo de su asombro. La caza comenzó en seguida. Como a fieras salvajes se les arrancó a los negros de la tierra. Las madres lloraban a sus hijos para siempre; estaban seguras de no verlos más. Huían los negros, aterrados, hacia la selva. Algunos marineros incendiaron las chozas. Los que se resistían los mataban. El barco zarpó rápido, huyendo, como el ladrón que teme hasta su propia sombra. Las sentinas se llenaron pronto de negros. Donde cabían cien, iban doscientos. Apretujados, apestaban. Las enfermedades terminaban con la mitad, y los que ya no servían se arrojaban a los tiburones. Raro era el día en que el mar no se teñía, levemente, con la sangre de un negro. Allí estaban negros de tribus enemigas, y por eso se miraban con odio. Sin embargo, había algo que los unía: el deseo de sublevarse, de salir de aquella infecta prisión.

De noche, los sollozos de las mujeres hacían más negra la noche. Una estrella mágica brillaba en el mástil.

—Esa estrella nos salvará! —decían, supersticiosos, los negros.

Muchas noches tranquilas llevaba "La Estrella de la Mañana". "Pata de palo" contaba ya segura la ganancia.

—Tantos negros, a tanto... tanto — repetía con monótona insistencia.

—Mire que se equivoca, —decía Jessel—; no le pagarán ni la mitad. Los negros están muy flacos.

—No importa. Los engordamos al llegar.

Jack terminaba por enojarse. No necesitaba mucho para salirse de su pata de palo.

Una noche habían tomado más que de costumbre. Estaban todos bebidos. "Pata de palo" gritaba desentrenado.

—¡Estos negros nos van a matar a todos!

Recordaba la historia de un capitán holandés que se había enloquecido de tanto azotar a los negros.

El calor, la ginebra, los negros, le producían pesadillas. Vela a los negros surgir en la sombra; volverse más negros y temibles.

—Tengo un presentimiento, —dijo Jessel—; hay una estrella roja en el mástil. Eso quiere decir sangre. ¡Oh, capitán, mi capitán, temo por usted esta noche.

—Déjate de supersticiones y bebe conmigo la última copa.

Un ruido de cadenas se empezó a sentir. Era como una ola que subía de la sentina. Una ola inmensa, negra. Eran los negros, que subían de la bodega a la borda. La tempestad de los negros, que se desencadenaba en el barco.

—Atrás — gritó el capitán cogiendo el látigo.

El capitán especulaba con el temor supersticioso del negro, con la magia de circunstancias, pero los negros no obedecían; cada vez se acercaban más. La lucha se generalizó cuerpo a cuerpo. Volaban los piratas por la cubierta, y los tiburones se los iban tragando. El mar quedaba color sangre. Los negros se multiplicaban milagrosamente. En pocas horas fueron dueños del barco y flotaron una pata de palo que vibraba en el agua.

El buque negro volvió a África y quedó para siempre en aquella tierra, donde se le equipaba para pesquerías...

Y los padres les contaron desde entonces a los negritos, la historia de "pata de palo"; la historia de un hombre malo que se comía a los niños que no eran buenos con sus mamás...

QUELLA noche el capitán inglés Jack Blake estaba más preocupado que de costumbre. Su pipa humeaba como la chimenea de un barco. Era una bella pipa, de espuma de mar, que había comprado en Oceanía. Jack Blake tenía una pierna de madera; le llamaban, por eso, "pata de palo". Era taciturno, hosco; pocas palabras salían de su boca; generalmente eran palabras de mando, órdenes, que había que obedecer de inmediato.

UNA dramática insurrección negra en alta mar, en la época que los piratas se dedicaban al tráfico esclavista, engañando a los indígenas de la costa africana.

la lista de la tripulación para el día siguiente, temprano, en que el barco debía zarpar y faltaban algunos marineros para el enganche.

—Alcanzará con cuarenta — dijo Jack, seguro de estar en posesión de la verdad.

—Puede agregar algunos más. No me siento seguro con tan poca gente.

—Siempre desconfiado — agregó Jack con sorna, y movió la pata de palo, que sonó en el suelo como el llamado de un aparato Morse.

La fragata estaba allí, en la bahía, anclada placidamente. Sus grandes velas se inflaban gráciles. El viento soplaba favorablemente; no había que retardar la partida. Fueron entrando los tripulantes. Había tipos de todas las razas y de todos los países: malayos, japoneses, mulatos, rubios e ingleses. Los tipos más deformes y descladados se congregaron allí.

El buque zarpó, sereno, rumbo a la costa de África. Nadie suponía que dentro de aquel barco, de aspecto gracioso, se cometerían las mayores infamias; que allí iban a amontonarse, como residuos humanos, los negros robados a

Jessel se llamaba su segundo, y con él conversaba, de cuando en cuando, anotando nombres en una larga lista.

—Era el rol de la tripulación.

—Llevaremos al portugués — dijo Jack.

—Yo no soy de esa opinión. Es un tipo de temer.

—Sin embargo lo necesitamos.

—Sea como usted quiera.

Jessel echó una mirada a través del vidrio de la ventana. Estaban en la ensenada de Vallongo, apretada entre dos elevaciones cubiertas de un verde limón; de un lado estaba el otero de la Saúl; del otro, el morro de Livramento.

En el otero se destaca, entre almendros en flor, la capillita de una virgen. El paisaje era placido, de una dulzura tropical que incitaba a la moliciencia.

Las palmeras apenas se movían suavemente, mecidas por la brisa. Nadie diría que aquel lugar placido estaba destinado, con sus grandes almacenes,

fríos y alineados, al comercio más infame. El marqués de Lavradio había tenido la idea de recoger aquel lugar paradisíaco para convertirlo en el centro del tráfico de uno de los comercios más productivos del Brasil, y la capillita no era inocente: estaba bendiciendo la infamia.

"Pata de Palo" se inquietaba porque debía tener



Peloponeso y Jazmin



por Hamlim



¿CONTRA QUE NACIÓN ES LA GUERRA?

NI SIQUIERA HAY UNA AMBULANCIA



SEÑORES: NO SE ASUSTEN; ACABA DE OBTENER EL PREMIO NOBEL DE LA PAZ.

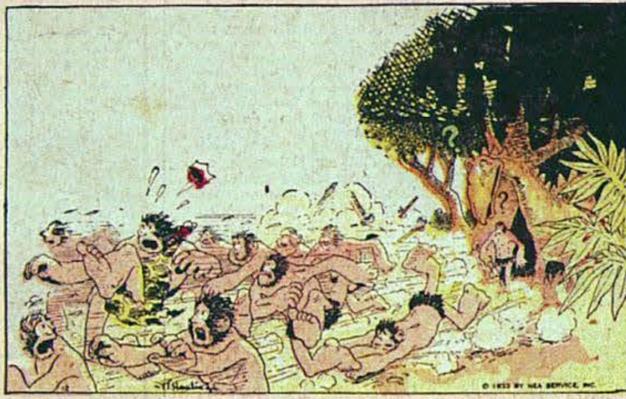


¿QUE ANDA HACIENDO POR AHÍ?

TRAIGO UN TANQUE DE MI INVENCION



AQUÍ LO TIENE: SALUDALOS, JAZMIN.



NO SABEN QUE VOS SOS UN TÍO GORDO!



IRÁS Y TE LLENARÁN DE ROSAS Y HARÁN VOLAR LAS CAMPANAS EN TU HONOR.



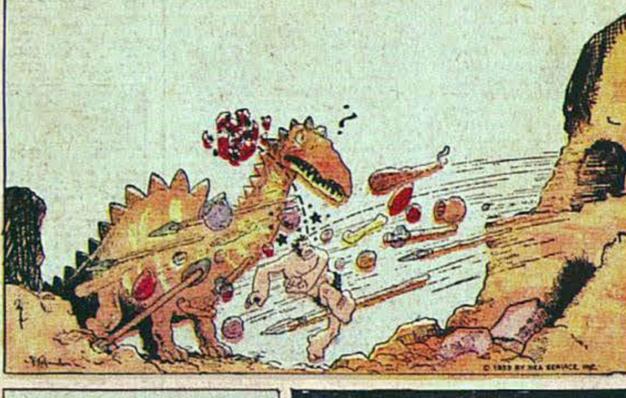
COMPAÑEROS: EL ASEGUARARÁ NUESTRAS FRONTERAS Y BARRERÁ LAS CALLES DE NUESTRA CIUDAD.



TENDREMOS LEYES ADUANAS, FERROCARRILES Y BARES AUTOMATICOS.



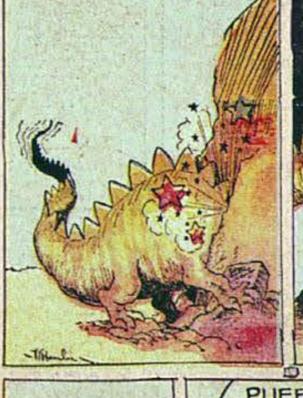
COMPAÑEROS: JAZMIN OS ESPERA



CONVOCAREMOS A ELECCIONES LIBRES.



VEO QUE NO ENTIENDEN NADA DE CIVILIZACIÓN



¡FUERA DE AQUÍ!



LE PRESENTO A NUESTRO EJERCITO SINTETICO



AMIGO REY JAZMIN ES UN GRANMU CHACHO.



PUEBLO: ADOREMOS A JAZMIN. ES EL SIMBOLO DE LA ÉPOCA Y TIENE UNA ESCALERA REAL EN SU LOMO PARA LLEGAR A SU CUELLO ES ACCESIBLE.